

EL HALCÓN

A dynamic illustration of a man in a red jacket and yellow pants, with a mustache and a determined expression, fighting a man in a purple suit. The man in the red jacket is leaning over the other, holding him by the arm and chest. The man in the purple suit is on the ground, looking up at the other man. The background shows a cityscape with buildings and trees.

por
ARNALDO VISCONTI
PIROVENSAL


**LA VENGANZA
DE DAN CARTER**

3
PTAS

El HALCON



EDITORIAL  BRUGUERA

Es propiedad del Editor.
Reservados los derechos.

IMPRESO EN
EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA



la VENGANZA de DAN CARTER

CAPÍTULO I BEAUFORT

Era una pequeña ciudad situada al sur del Estado de la Carolina Meridional. Vista desde lejos, y dado el número y emplazamiento de sus edificios, ofrecía la impresión de ser mayor de lo que era en realidad.

Alrededor de las blancas casas señoriales, se agrupaban las casitas habitadas por los negros. Éstas, con las instalaciones azucareras y algodonerías, Ayuntamiento, hotel, farmacia y las viviendas particulares, ocupaban bastante extensión.

La cárcel semejaba un lugar de placer, con su circundante jardín cerdeado por ramas de glicina y abundantes rosales.

El hotel sólo servía a la aristocracia del país, ya que los pocos campesinos blancos, casi todos llegados del Norte, ocupaban una posición social muy inferior frente a los orgullosos propietarios, y no eran bien recibidos donde éstos se reunían.

Los señores del Sur ostentaban un amable menosprecio para los trabajadores del campo, fuera cual fuese su color, y la sola diferencia que establecían entre esclavos blancos y negros era la de que éstos les pertenecían, como cualquier otro objeto de su propiedad, mientras que a los otros, desgraciadamente, había que abonarles un salario.

Alrededor de Beaufort se agrupaban tres importantes plantaciones que rodeaban la ciudad con sus campos de algodón y azúcar. Las viviendas señoriales poseían extensos jardines, separados de las casas exteriores de la ciudad y situadas frente al campo y los alojamientos donde habitaban los negros.

Eran tres edificios contruidos con gran semejanza de forma y estilo: el que se llamó colonial, con grandes pórticos, escalinatas y abundantes columnas y profusión de color blanco moteado de flores trepadoras.

Cada una de estas casas poseía interiormente dos características muy

señaladas y que denotaban la idiosincracia de los hacendados del Sur: un gran salón de baile, para recibir con frecuencia a sus muchos invitados, y un piso enteramente destinado a alojar huéspedes, porque, la hospitalidad era, más que un privilegio, una costumbre social.

La casa que formaba el ángulo occidental de Beaufort pertenecía al Coronel Frank Lloyd; el vértice oriental estaba ocupado por la mansión de Clayton; y cerraba el triángulo, al Sur, la morada de la familia Ryan.

Era ésta, sin lugar a dudas, la más rica y extensa de las tres propiedades. Estaba situada a la entrada del pueblo, cerca de la ancha carretera bordeada por las plantaciones de algodón y azúcar, y que en más de una milla no ofrecía la menor sombra.

Aquella carretera se dirigía en línea recta hacia Beaufort. El primer ramaje que se encontraba era un naranjal enorme que rodeaba la aldea de los negros, con sus pequeñas casas de buen aspecto, cada una de las cuales tenía su jardincito bien cuidado, y que no sólo producía legumbres y frutas, sino que también cultivaban flores.

Más al Sur se prolongaba el jardín que pertenecía a la mansión de la familia Ryan, en el que había plantados naranjos, granados y melocotoneros.

A continuación se hallaba la casa señorial situada casi lindando con la carretera, y separada de ésta sólo por varios árboles de quina de anchas ramas que no impedían la visibilidad, frente al recodo en que ya la carretera pasaba a ser la calle principal del pueblo.

La casa era un sólido edificio de madera de dos pisos, y en su parte delantera corría una galería a lo largo de la fachada, sobre la que descansaba la terraza protegida por la parte sobresaliente del tejado.

Aquel día de marzo de 1861, dos mujeres hallábanse en la terraza, tumbadas en colgantes hamacas bajo la sombra de plantas trepadoras. Al lado de cada dama había una negrita en pie, ambas casi unas niñas, que con amplios abanicos de plumas de pavo real en las manos refrescaban a las dos yacentes.

Una de ellas tendría apenas diecisiete años, pero era una belleza cautivadora, con esa apariencia de fruta sazónada de la mujer criolla. Rosalie Ryan era descendiente de franceses cuarterones y españoles por parte de madre.

Helen Ryan, su madre, era "la gran dama" de Beaufort. Contaba apenas treinta y cinco años, y no parecía mucho más vieja que su hija. Menuda y vivaracha, a la muerte de su marido demostró que su apariencia de muñeca ocultaba una energía voluntariosa que se imponía en muchas discusiones con los prohombres de la ciudad.

Todos los negros que trabajaban por generaciones en la plantación de los Ryan, entonaban por las noches, después de la cena, canciones improvisadas, en las que con ritmo lento y enervante prodigaban pueriles elogios a "*Missus Helen*", colmándola de sentimentales alabanzas, que muchas veces lograban enfurecer aparentemente a la menuda señora; entonces, ésta, armada de su

inseparable fusta, que sólo empleaba para adorno, fingía poner fin a aquellas melopeas, golpeando en toques nerviosos las anchas espaldas de los más fuertes, que reían complacidosísimos como si con ello les demostrara la dueña una muestra de especial cariño.

En aquellos instantes mañaneros, las dos damas recién desayunadas dedicábanse a un extraño pasatiempo, que era contemplado por las dos negritas con sonrisa de complacencia cariñosa.

Alternábanse en el gesto de querer coger una carta. Cuando una de ellas estaba terminándola ya, la mano de la otra se extendía en petición de releer los párrafos, firmados por "Michael Ryan"...

Era una carta procedente de Savannah, ciudad situada al Sur, a sesenta millas de distancia.

Todos los negros de la plantación añoraban la figura del "señorito Michael", cuya ausencia duraba ya dos años. Unos decían que estaba en Europa, porque un caballero que se precie debe visitar todas las capitales europeas. Otros afirmaban que Michael Ryan, el único varón de la familia, estudiaba en los Estados del Norte las técnicas modernas de cultivo.

La verdad sólo la conocían Helen y Rosalie Ryan. Una verdad que, si bien llenaba sus almas de zozobra, también les producía un íntimo orgullo.

El mismo orgullo que podría producirles mantener en secreto el hecho de que el "caballero andante" del Sur, el moderno héroe defensor de las causas justas, y cuyas hazañas relataban continuamente los mismos rurales encargados de su persecución por todos los Estados de la Unión, era Michael Ryan.

Sólo que para aquel cometido justiciero, en el qué su mano diestra llegaba mucho más lejos de lo que podía llegar la propia ley, Michael Ryan cubría sus rasgos faciales con una extraña máscara, donde la tela que cubría la nariz semejaba un pico de ave de presa, y los dos orificios destinados a permitir la visibilidad eran dos estrechas rendijas oblicuas, donde la negra tela semejaba dos alas de halcón en vuelo.

Era proverbial la fama de "El Halcón", y cada vez que el "tam-tam" del rumoreo popular llevaba a Beaufort noticias de la última hazaña de aquel héroe, Helen Ryan y su hija mirábanse con expresión en que se mezclaba en partes iguales el orgullo y un leve temor.

Por eso aquel día estaban de humor alegre, y reían infantilmente sin intercambiar la menor palabra.

La carta firmada por Michael Ryan contenía una postdata, que era siempre releída con doble atención:

"Me alojaré en la taberna de Sally, aquí en Savannah. Bastará que pongáis en la dirección mi nombre," añadiendo "Drinkers House", Freemont Street, Savannah. Os alegrará saber que pensando en vosotras he dado con un procedimiento por el cual no correrá riesgos y permanecerá siempre desconocida la

personalidad de "El Halcón". Nostálgicos abrazos."

Y ahora, como otras muchas veces, Rosalie Ryan recordaba letra por letra la última carta enviada a Michael Ryan, en la que ella, sin que su madre lo supiera, había añadido una nota confidencial, que, como siempre, firmó con el apelativo cariñoso que su hermano la daba: "Myosotis":

"Añado estas líneas sin que mamá las lea, Michael. ¿Cuándo abandonarás tu vagabundeo? Mamá está enferma: su corazón. El doctor dice que una emoción fuerte puede matarla. Vuelve, Michael, vuelve a tu casa. ¿Por qué vivir en constante peligro y pasar penalidades, cuando podrías ser uno de los más importantes caballeros de la ciudad? Nuestra fortuna y posición y el rango de los Ryan necesitan que tú..."

Luego le decía que su madre y ella se sentían orgullosas de él, por su noble y desinteresada actuación, y finalizaba insistiendo:

"Regresa, Michael... Yo también estoy orgullosa de "El Halcón"... pero quiero que mi hermano Michael Ryan regrese a su hogar y ocupe el lugar que le pertenece.

"No lloro, no, Michael. Río siempre para que mamá esté contenta. Te abrazo con toda mi alma, Michael, mi valiente hermanito,

»Myosotis.«

El sol arrancaba dorados fulgores del gran Carter que a la entrada de la alameda decía: "La Falaise". La larga carretera que formaba recodo para prolongarse en la calle principal, tenía también un poste que refulgía con letras cloradas: Lafayette Avenue.

Por la alameda entró un jinete, y una de las negritas gritó:

—¡Oh, señora, señora! ¡Es el señorito Dan! ¡El Capitancito Dan!

Helen Ryan afectó severidad:

—Tu grito me asustó, Lil. Además, el señorito Dan es Teniente. No confundas los grados.

—¡Oh, señora, señora! ¡Vea que no! Vea que es Capitán...

La vocecita de la negra era estridente, alborotada como el piar de un pájaro. En cambio, el acento de Helen Ryan tenía, como el de su hija, dulces cadencias reposadas.

Ambas se levantaron contemplando al que desmontaba allí en el jardín.

Dan Carter, alto y musculoso, era un rubio pecoso, excesivamente tímido con las mujeres, y temido por los hombres, porque su carácter era de una rectitud casi puritana que no transigía con vicios ni abusos.

Cuando tres meses antes Carolina del Sur se separó de la Unión,

organizóse una Milicia de caballería. Sus oficiales fueron elegidos por votación, y en Beaufort fué elegido Dan Carter como Teniente porque era el mejor jinete de la ciudad y se contaba con sus dotes para mantener el orden en aquella indisciplinada Milicia, formada por aristócratas, granjeros y veteranos de la guerra de Méjico y de los Semínolas.

Dan Carter vestía el uniforme gris adoptado por los Estados Separatistas, y en su sombrero de anchas alas destacábase el triple círculo amarillo, concediéndole el grado de Capitán.

Helen y Rosalie Ryan apreciaban mucho al joven Carter, sobrino del hacendado Clayton. Rosalie Ryan ignoraba que también Dan Carter tenía un secreto... .

Siempre que Dan Carter veía ante sí a Rosalie Ryan, sentíase incapaz por unos minutos de pronunciar la menor palabra. Su garganta estaba reseca. La misma garganta que, al hablar con los hombres, pronunciaba discursos breves, pero enardecedores...

Rosalie nunca atribuyó a enamoramiento la cortedad de Dan Carter. Todo el mundo en Beaufort no ignoraba que el recio jefe de Milicias era llamado cariñosamente "Tomate Dorado", porque al hallarse frente a una mujer, durante los primeros minutos su tez pecosa anaranjábase, haciendo resaltar las rubias pecas.

—Bienvenido, Dan —saludó Helen Ryan, mientras él se inclinaba para besar su diestra—. Enhorabuena por tu ascenso. Si un hombre en todo el Sur dignó de ser Capitán de la Milicia, ése eres tú.

—Estás arrogantísimo y muy guapo, Dan —dijo Rosalie, afectuosamente.

Desde niños habían jugado juntos, y en él veía ella un hermano más.

—Gra..., gracias, señora. Gracias, Rosie. Yo, pues..., vine a comunicar..., grave..., gravísima noticia...

Sobresaltáronse a la par las dos mujeres. Pero se serenaron con la misma rapidez. Lo que más temían..., la muerte de "El Halcón"... no la podía comunicar nadie, porque nadie más que ellas conocían su verdadera personalidad... Y también sabían que si tan infausto acontecimiento llegase, la identidad de Michael Ryan quedaría para siempre desconocida, porque así lo había jurado él.

Sentáronse en mecedoras, mientras una de las negritas acercaba una silla atiborrada de cojines de palma, casi forzando a sentarse al alto oficial.

La recta mirada franca de Dan Carter, cuyos ojos grises eran tímidos y bondadosos al mirar a Rosalie, se posaron para recuperar su serenidad en el semblante de una de las negras.

—Dinos ya lo que ocurre, Dan —apremió Helen Ryan—. ¿Lo has olvidado o estás pensando en las musarañas?

—La guerra ha empezado, señora. La guerra ha empezado, Rosie.

—¡Malditos yanquis! —gritó Lil, rodando los blancos globos de sus ojos—. ¡Ojalá se...!

—Vosotras dos, despejad —dijo incisivamente Helen Ryan—. Id a la cocina a ver si estoy allí.

No se lo hicieron repetir las dos criadas. Sabían sobradamente cuándo podían resistir y cuándo debían obedecer prontamente.

—En Charleston, el fuerte Sumter está siendo bombardeado por nuestras fuerzas. Los yanquis van a capitular porque no podrán resistir. Pero con esta escaramuza la guerra ha empezado.

—Era de presumir, Dan.

—Por esto hemos regresado esta mañana... —y ahora Dan Carter, ya tranquilizado, deslizó una mirada hacia Rosalie—. Estuvimos en Savannah...

—¿Savannah? —preguntó suavemente Helen—. ¿No viste... no viste a nadie conocido?

—Pues no, señora.

—¿Por casualidad no conoces la taberna de Sally, en Freemont Street?

—No es... no es lugar que debe usted mencionar, señora. Es... impropio de señoras.

Rió alegremente Helen, y le hizo eco Rosalie. Pero deseaban saber si Dan Carter había visto a Michael Ryan...

—Esos lugares que nos prohíben frecuentar —insistió Helen— son los que más deseábamos visitar, Dan. Seguramente son antros detestables, pero ya sabes aquello de que lo prohibido es encantador.

—Para mí, señora, lo prohibido es prohibido. Bueno, entiéndame... Yo sí que voy al "Drinkers House" cuando me acerco por Savannah. Hay buena música y los hombres tienen la mala costumbre de citarse allí.

—¿Y todos los que allí van son tan serios como tú, Dan?

—Muchos de ellos deberían ser suprimidos... Aun tengo presente a un sujeto, un tal Rock Gambler, que es clásicamente el ejemplar de granuja distinguido, sin escrúpulos, pendenciero y *tahur*...

—¿Rock.. Gambler? No es de Beaufort ni tampoco de Savannah, creo... ¿O acaso es un extranjero agricultor?

—Es un aventurero cuya nacionalidad se ignora, aunque se le cree inglés. Por suerte, no es del Sur... Merecería ser yanqui —y en esta última frase puso Carter todo el desprecio que en aquella época contenía el apelativo "yanqui".

—¿Qué te hizo, Dan? No eres tan rencoroso de costumbre...

—A mí, nada. Pero... se jacta de que sabe quién es "El Halcón" y de que él mismo lo cazaré.

La agitación que acometió a las dos mujeres la interpretó Dan Carter como emoción natural. Para el Sur la figura de "El Halcón" era tan legendaria y amada como la de una gloria nacional.

—Y ahora que hablo de "El Halcón" —prosiguió manifestando Carter—, os diré que se entrometió en algo que no acostumbra. El Coronel Lloyd y yo nos hicimos cargo de una cantidad de municiones, armamento y pólvora, destinados al ejército de la Milicia. Nos apareció "El Halcón" estando los dos

en el almacén, y nos llamó "traficantes de muerte"... Hizo estallar el almacén.

—¿Se lo reprochas? La guerra es terrible y devastadora, Dan. Son las madres las qué la odian. Tú, naturalmente, eres militar...

—¡Oh, no! Yo soy granjero..., pero ahora soy Capitán...

—¿El Coronel Lloyd vino contigo, Dan? —preguntó Rosalie.

Dan Carter asintió mudamente. Lamentaba que el apuesto y prestigioso Coronel, dotado de fácil palabra y clara inteligencia, hubiese logrado interesar a la que él amaba secretamente... Pero era virilmente leal.

—Sí, Rosie. Debía venir a visitaros, pero un negro se le escapó.

—Los maltrata... —comentó Helen, pensativa—. ¿Es Escipión él fugado?

—No, mamá. Pero el Coronel tiene que imponerse. Es peligroso, ahora que los yanquis hablan de abolir la esclavitud, dejar que un negro como Escipión propague entre ellos la rebelión. Ya sabes cómo son, mamá. Buenos como niños, pero, como ellos, necesitan también del azote cuando son rebeldes.

De la calle principal que procedía del pueblo se levantó una nube de polvo acompañada del acompasado sonido que producían los cascos de los caballos en su galope.

Desde donde estaban, las Ryan, y Carter veían a los tres jinetes.

—Cordy y los dos Trimball —comentó Helen Ryan.

Jim Cordy era el capataz al servicio de la plantación de Clayton, y los dos gemelos Trimball le ayudaban en su misión. La gente de Beaufort afirmaba que por donde aparecieran los Trimball, tarde o temprano estallaba una riña.

Eran dos gemelos de frío carácter, largos y flacos, con peligrosos ojos grises hundidos bajo hirsutas pestañas y cejas. Con Jim Cordy formaban un trío inquietante, poco apreciado por la ciudad de Beaufort.

Tenían siempre la costumbre de galopar a rienda suelta por la calle principal, y aquella mañana llevaban aún un tren más veloz. Iban a "colaborar" en la caza de Escipión, el negro fugado de la plantación del Coronel Lloyd.

No aminoraron la velocidad al tomar la curva en la que la calle se prolongaba en la recta carretera. Iba en cabeza Jim Cordy...

Tom Trimball dió un grito de alarma, a la vez que brutalmente lanzaba su caballo hacia la izquierda, precipitándose contra la montura de su hermano, y ambos estuvieron a punto de caer al suelo por la violencia del choque...

Frente al bayo de Cordy, en línea recta, acababa de aparecer un gran potro negro al galope, que procedía del Sur.

No había tiempo para prevenir el encontronazo. Pero así como Jim Cordy rigidizó las piernas y tiró de las riendas para intentar detener su bayo, la voz del jinete, montado en el potro negro de gran alzada estalló como un disparo:

—¡Duro, "Brujo"!

Instantáneamente, obedeciendo a la voz y al grito, el potro negro impulsó todo su peso en el choque.

Como resultado del imperativo mandato de su jinete, la desventaja en que estaba el llamado "Brujo" convirtióle en favorable situación. Su pecho golpeó reciamente el costado del bayo.

Jim Cordy cayó en el polvo, mientras su caballo tumbábase al otro lado, agitando sus remos en perneos nerviosos...

Con ágil maniobra frenó el jinete del caballo negro, saltando al suelo, y, acercándose al caído Cordy, tendió la mano para invitarle a levantarse.

Pero Jim Cordy, hirviente de furor, no habiendo recibido más contusión que la de su amor propio, saltó sobre sus pies, imprecando, y propinó un iracundo puñetazo al rostro del desconocido.

El jinete del caballo negro no se movió, al parecer. Su poderoso torso hizo un esguince y el puño de Cordy silbó por encima de su espalda.

Casi al mismo tiempo, algo parecido a un pequeño martillo de acero golpeó en el ángulo de la barbilla de Jim Cordy...

Jim Cordy elevóse sobre sus botas y saltó en el aire como si repentinamente le hubieran crecido alas.

Cayó de espaldas contra el polvo, permaneciendo allí brazos en cruz. Los dos Trimball lanzaron un simultáneo grito de cólera. Sus diestras bajaron con asombrosa velocidad hacia las culatas de sus pistolas.

Pero, aunque ya aferraban el acero con manos engarfiadas, parecieron convertirse instantáneamente en estatuas de hielo.

Sus rasgos faciales se atirantaron, y contemplaron rígidamente el doble cañón de una larga pistola que en la mano zurda del desconocido semejava haber brotado por arte de magia.

Una voz calmosa, casi musical en su gravedad, amable, preguntó:

—Uno al suelo... ¿Vamos a convertirlo en tres?

Los Trimball no lo deseaban. No tenían temor de nada, pero nada tenían de estúpidos. Sabían que estaban en desventaja. Separaron sus diestras de las culatas...

—Así está mejor. Yo no habría intentado sacarlas, amigos. Por ahora no veo razón alguna para que peleemos. El caballero que se remueve en el suelo buscó la pelea. Yo, no.

Era amable el tono, pero molesto el rostro que hablaba, donde las dos cejas formaban un arco sardónico encima de dos pupilas intensamente negras y burlonas.

Algo asombraba a los dos gemelos. En la diestra del desconocido un dolar de oro saltaba rítmica y monótonamente entre los largos dedos ágiles...

Jim Cordy levantóse tambaleante, frotándose la barbilla.

—Tiene razón este... caballero —dijo trabajosamente—. Debí ir con más tiento al girar el recodo —miró al desconocido con admiración—. ¡Diablos, forastero! Cuando pega, pega. ¿Lleva hierro en el puño?

—A veces un dolar dentro de la mano ayuda a golpear —dijo el

desconocido, sin perder de vista a los dos gemelos.

—Enfunde el cacharro —invitó Cordy—. Tenemos prisa y no podemos perder ahora el tiempo... ¿Va usted a quedarse algunos días en Beaufort?

—Si se lo preguntan a usted, conteste que lo ignora.

—Bien, bien... Debería ser yo en todo caso, quien le guardara rencor... Acepte mi diestra.

Tendió Cordy la mano. El otro fingió no verla, y siguió haciendo saltarla moneda.

—Antes la tendí yo, amigo. Y usted quiso hacerse el listo. En paz. Ahuequen ya, que yo también tengo prisa.

Los dos gemelos iban a hablar, pero Jim Cordy, con un esfuerzo, murmuró:

—No es usted un prodigio de simpatía, que digamos, señor...

—Rock Gambler. Y no tengo el menor interés en serle simpático.

Jim Cordy ayudó a que su caballo recuperara la calma. Montó de un salto, agitando la mano.

—Nos volveremos a ver, Rock Gambler.

—No me haga languidecer en la espera —replicó el otro, burlón.

—¡Vámonos, Tom y Jack! —ordenó Cordy—. ¡Nos esperan en el bosque!

Partieron al galope los tres jinetes. Quedóse Rock Gambler viéndoles. En su diestra continuaba saltando el dolar de oro, mientras su zurda introducía lentamente la pistola afiligranada de doble cañón en la funda que, pendiente de la cadera izquierda, manteníase rígida contra su muslo.

Toda la escena, presenciada por las Ryan y Dan Carter, había sido muy rápida. Desde la terraza, Dan Carter murmuró:

—¿Qué buscará aquí ese matón?

La palabra chocó a Helen Ryan. No solía Carter Emplear aquellas expresiones.

—¿Le conoces, Dan?

—Es ese aventurero de que antes hablé, señora. El llamado Rock Gambler.

El hombre que en la carretera golpeaba ahora amistosamente los flancos de su caballo, ignoraba que cuatro pupilas femeninas estaban clavadas en él, rebosando algo muy parecido a odio.

—Viste extrañamente —comentó Helen Ryan.

Rosalie Ryan miraba con naciente odio al hombre de elegantes ropas, rostro moreno y burlona sonrisa despreciativa, que plantado en el centro de la carretera, hacía saltar en su diestra un dolar de oro, empleando el pulgar como minúscula y lenta catapulta.

La moneda subía y bajaba con ritmo igual, cayendo en el hueco formado por los dedos doblados y el pulgar preparado. No miraba ni por un solo instante la moneda, que seguía subiendo y bajando en el aire con milimétrica exactitud.

El forastero era alto, y su anatomía maciza que hinchaba el paño de su chaqueta corta de color granate y anchas solapas cruzadas, no le quitaba apostura.

Una camisa blanca sin corbata enmarcaba el poderoso cuello moreno, y llevaba un sombrero de anchas alas, sin ningún parecido con los usados por aquella región.

Calzaba botas cortas de brillante cuero negro charolado, y los poderosos músculos de sus piernas resaltaban enfundados, en un pantalón de montar, ceñido y de color claro.

La larga pistola, sujeta a su pierna, tenía una culata de nácar, que rozaba el cinto, repujado también en plata, que rodeaba su estrecha cintura, y del cual pendía un látigo de mango corto y larga correa.

—Tiene trazas de antiguo negrero —dijo Helen Ryan, con evidente disgusto.

—Parece un vagabundo gitano, dándoselas de elegante —fulminó Rosalie.

Dan Carter, ignorante de lo que sucedía en las mentes de ambas mujeres, que pensaban ver en Rock Gambler un delator de "El Halcón", sintióse impulsado por su espíritu recto.

—Aunque su atuendo nada tenga de común con los de nuestra época, hay que reconocer que lo lleva con tal naturalidad que no da sensación de afectamiento. Pero ya lo han visto. Es un tipo por el estilo de los Trimball.... En Savannah tenía fama de provocar querellas continuamente...

—Parece que le interesa el nombre de nuestra casa —dijo Helen Ryan, con secreto temor.

¿Sabría aquel sujeto de mirada descarada y continua sonrisa en los ojos que "El Halcón" era Michael Ryan?...

En la entrada de la alameda, Rock Gambler leía el Carter de letras de oro: "La Falaise".

Entornó los párpados. Él había ido a Beaufort a matar al Coronel Frank Lloyd, pero no podía dejar de recordar la tumba que él mismo había cavado a la orilla de un río para enterrar a Michael Ryan, asesinado por dos pistoleros. Y evocaba su gesto sentimental, al imitar la letra de Michael Ryan, y fingirle en vida, enviando una carta a "La Falaise".

Bajo el forro de su sombrero, la peculiar máscara de "El Halcón" estaba oculta...

De pronto miró hacia la terraza. Sonrió, porque la expresión de los tres semblantes era de evidente reprobación...

Y, sin disimulo, se posó admirativamente en Rosalie Ryan...

CAPÍTULO II

CACERIA

Jim Cordy y los dos gemelos internáronse en el bosque para dar alcance

a varios jinetes, que andaban al paso, rodeados por los ladridos anhelantes de una jauría de perros.

Cuando se incorporaron al grupo, saludaron respetuosamente a su jefe, que iba en cabeza, acompañando al Coronel Frank Lloyd.

Theodor Clayton poseía una gran fortuna, que en Beaufort sólo era superada por los Ryan. Alto y corpulento, cuarentón con perfil de judío, Theodor Clayton gustaba de los chalecos vistosísimos, de los cuales tenía una selecta colección.

Nada tenía de distinguido. Por eso, junto a él, resaltaba aún más la elegancia innata de Frank Lloyd, atlético, esbelto y de rostro enérgico y anguloso. Era Coronel de profesión, y le consideraban en Beaufort un talento que había logrado engañar a los mismos yanquis, con los que había permanecido largo tiempo desempeñando la misión de secretario del Ministro de la Guerra.

La incorporación de Jim Cordy y los dos Trimball no modificó en nada, el desarrollo de la incursión.

—¡Busca, "Nigger", búscalo, no me lo pierdas! —vociferaba uno de los jinetes—. Escipión ya no puede andar muy lejos, señores. Aquí parece haber dado saltos a derecha e izquierda para despistarnos. Esto suele ser buen síntoma. Dentro de una hora lo habremos cogido.

—¿Usted cree, Bendix? —le interpeló Clayton, que agitó su largo látigo—. ¡Diez dolares más si acierta!

—No tenga miedo, señor Clayton —rió Bendix, que en nada se parecía a un ranchero meridional, sino más bien a un yanqui, tanto por su sobria indumentaria como por su acento—. Allí va "Nigger" otra vez; ha saltado hacia la derecha.

—¡Pero si sus perros han perdido varias veces la pista! —exclamó Frank Lloyd, mirando por todas partes.

—¡Alto, señores, alto! —gritó Bendix, levantando el brazo—. No debemos adelantarnos a los perros, o los despistaremos. Tengamos un poco de paciencia; en seguida encontrarán otra vez la pista.

¿Eran cazadores? Ninguno de ellos llevaba rifle: los perros tampoco eran "setter" o "airedale", sino magníficos ejemplares de patas altas, hocico achatado y poderosos dientes.

Uno de ellos, el llamado "Nigger", nombre despectivo que se daba a los esclavos, era negro como el azabache. "Bull", el segundo, rojizo, con manchas negras, presentaba como el otro una mancha blanca en las patas delanteras.

Parecían bestias salvajes: sus ojos centelleaban y por la boca entreabierta asomaban los largos y blancos colmillos, más agudas que los de los lobos...

Corrieron hacia la derecha, pero no sobre la pista del fugitivo, que seguramente huía en aquella dirección.

Theodor Clayton exclamó:

—¡Oiga, Bendix! Observe esta vid colgante. Pudiera ser que Escipión se hubiera desviado hacia la derecha, pero que intencionadamente se enganchara

en la vid. ¡Esos canallas conocen bien todos los trucos!

—Sí que podría ser así —contestó Bendix, acercándose al lugar señalado por el látigo de Clayton.

—Entonces, llame a sus perros y llévelos hacia allá, ¡hombre! Estamos perdiendo demasiado tiempo, y si Escipión consigue llegar al río, se nos escapará del todo.

Los perros acudían, y uno de ellos, "Nigger", dejó oír un breve aullido mientras olfateaba con insistencia el suelo.

—¡Busca, mi perro, busca! —animó Bendix, levantándose completamente en los estribos— ¡Sus, sus! —gritó con voz chillona que se oía a través del bosque—. ¡Ahora sí que lo tenemos, señores! ¡Adelante, mis perros, adelante!

Y, picando espuelas a su caballo, corrió tras los perros, seguido de cerca por los otros jinetes.

El bosque de Beaufort deslumbraba con la sinfonía de sus colores. Era un bello paraje situado cerca del río Wander, el cual, mucho más lejos, desembocaba en el mar, formando grandes marismas.

La tierra mostraba, toda la maravilla de los climas tropicales. Las magnolias presentaban su brillante colorido por entre las gruesas hojas verdes, entrelazadas con musgos plateados.

Todo en el bosque comunicaba serena paz al espíritu. De vez en cuando, se oía el grito de un ave de presa, que describía círculos a gran altura.

Y el silencio del bosque también fué turbado por el rumor de unos pasos pesados, cómo de alguien que avanzara dando grandes saltos. Por el ramaje se abría camino un hombre, con el terror y la ansiedad reflejados en el rostro.

Escipión tenía unos treinta años y era un negro de pura raza senegalesa; con la nariz aplastada y los labios prominentes. En su rostro, desencajado por el miedo, se reflejaba bastante inteligencia. Era robusto y de exuberante musculosidad.

Los bíceps voluminosos, los pectorales tendinosos, la colosal anchura de su torso, denotaban que era un hércules acostumbrado a fatigosas labores.

Pero ahora se detenía con frecuencia apoyándose con las manos en los troncos y respirando ávidamente para recuperar fuerzas.

Desde que había emprendido la fuga, la excitación estimulaba sus cansados músculos. Notaba ahora que las fuerzas le abandonaban y que estaba a punto de desfallecer. Tres horas corriendo sin cesar habíanle agotado.



Desde que había emprendido la fuga...

Se tumbó encima de unas hojas secas, al pie de un árbol. Pasó un cuarto de hora. De su pecho exhausto salía la respiración más tranquilamente, y, arrancando de un árbol un trozo de corteza húmeda, se frotó los labios con ella.

Repentinamente se irguió, los ojos asustados, registrando anhelante con la mirada la dirección de donde llegaban extraños rumores.

Escuchó unos segundos. El rumor se iba haciendo por momentos más perceptible aunque lo calculaba bastante lejos.

Por unos segundos ocultó el rostro entre sus anchas manos. Otra vez se sobresaltó al oír aquel ruido que le helaba la sangre. Se levantó precipitadamente, y, una vez más, se lanzó a correr desesperadamente, hundiéndose en la espesura de la vegetación.

Quedó otra vez el bosque en su serena quietud, sólo turbada por el canto monótono cíclico de las cigarras.

Luego se oyeron claramente las voces humanas, los gritos de los perseguidores, acompañando los furiosos ladridos de los perros de presa, que seguían excitados la pista del negro.

Crujieron las ramas, y por los boquetes abiertos saltaron los perros... Algunos pájaros levantaron el vuelo, asustados. Mientras tanto, los perros, con

el hocico a ras del suelo, se dirigían al árbol junto al cual había estado acostado Escipión, poco antes.

De pronto, se pararon; la pista era demasiado fresca, y con verdadero ahínco sus colmillos sacudían las hojas secas, como si quisieran desenterrar a su víctima.

Llegaron los jinetes...

—¡Hola! —gritó Frank Lloyd, poniéndose de pie en los estribos—. ¿Es que el canalla está escondido en lo alto de aquel árbol?

Bendix movió la cabeza negativamente.

—No —dijo—; sólo se habrá acostado en las hojas secas. Creo que desmaya y se habrá levantado al oírnos desde lejos. Pronto lo tendremos, señores. Les aseguro que no pasará otro cuarto de hora sin que caiga en nuestro poder. Ya no podrá llegar al río: antes estaremos pisando sus talones. ¡Adelanté, mis perros, adelanté!

Los perros seguían olfateando, y pronto encontraron la pista. Con sus insistentes ladridos lo dieron a entender a los perseguidores, los cuales emprendieron nuevamente la marcha.

La caza ya no podía durar mucho. El negro, exhausto, no pudo por más tiempo sustraerse a sus perseguidores; tantas veces como había intentado despistarlos marchando en direcciones opuestas, otras tantas había sido descubierto por los terribles perros, que, a medida que acortaban la distancia que les separaba del esclavo, más se enfurecían.

—Si los perros le cogen, nada tendremos de él, ya que lo despedazarán —gritó Clayton, que iba galopando junto al Coronel Lloyd.

—Muerto o vivo es el contrato, señores —contestó Bendix.

Bendix procedía del Norte, y en los Estados meridionales mantenía una jauría de media docena de sabuesos de raza. Tales perros eran recomendados en los periódicos para la búsqueda y captura de fugitivos.

El precio corriente solía ser de cinco dolares por día y perro, y quince dolares de prima si el fugitivo era apresado.

—¿Muerto o vivo? —preguntó Clayton, riéndose—. Seguro, ese es el contrato, a menos que el Coronel disponga otra cosa, lo cual no creo.

—¿Supone Usted que voy a preocuparme por un miserable negro rebelde? —preguntó Lloyd, severamente—. Debemos dar ejemplo y evitar que los otros se desmanden. Pero ¿qué les pasa a los perros? ¿No habrán perdido la pista otra vez?

—Se han vuelto inseguros —contestó Bendix—. ¿Qué hay, "Bull"? Ven, "Bull"; busca bien, mi perro: podrás escoger el mejor pedazo para ti. ¡Sus! Parecía que los perros habían perdido la pista, y con el brazo levantado, Bendix hizo señas a los hombres para que se detuvieran.

Súbitamente, "Nigger" intentó trepar a un árbol próximo resollando profundamente, y en el mismo momento gritó uno de los jinetes, acercándose :

—¡Allí está! ¡Está sentado allí arriba! ¡Ya lo tenemos!

Los demás hicieron un movimiento de retroceso para observar mejor el árbol, no tardando en descubrir la figura de Escipión, acurrucado entre las ramas.

—¡Ah, ah, amigo! —gritó Lloyd, sacando con rapidez de su funda uno de sus revólveres de ordenanza y apuntando con el arma al fugitivo—. ¿Quieres bajar por las buenas de tu trono, o tendré que tirarte como a un pájaro silvestre? Ya ves que no puedes escaparte y toda resistencia es inútil.

—¡Oh, señor, señor! —imploró desde arriba Escipión—. ¿Qué es lo que he hecho para que me cacéis como a una alimaña a través del bosque, perseguido por esos diabólicos perros, como si hubiera matado a un hombre? ¿Qué he hecho?

—¿Qué has hecho, chico?... —gritó Clayton, poniéndose también bajo el árbol, empuñando su revólver y rebosante el rostro de cruel satisfacción—. ¿No has predicado la sublevación a los negros de Beaufort? ¿No les has contado que ahora son libres y que podían hacer lo que les diera la gana, y, por consiguiente, matar también a sus dueños y robar en sus plantaciones?

—¡Oh, no, no, señor! —gritó el negro, asustado—. Les he predicado ayer un versículo de la Biblia porque era domingo santo. Sólo les dije que los hombres del Norte habían declarado que todos los negros debemos ser libres.

—¡Maldito canalla traidor! —rugió el Coronel Lloyd—. ¿Y aun preguntas qué es lo que has hecho?

—Pero les aconsejé, señor, que esperaran y continuaran obedientemente trabajando hasta que la ley esté promulgada en el país.

—¡Mientes!... —le interrumpió Clayton—. Les has dicho que ya nadie podría obligarles a hacer faenas no pagadas.

—A pesar de esto les he dicho que debieran hacerlas, señor —gritó Escipión, mortalmente asustado—, para evitar represalias y poder vivir en paz con sus antiguos propietarios.

—¿Y te necesitamos para esto, granuja? —vociferó Clayton—. ¿Para sublevar a nuestros hombres contra nosotros y contarles tonterías y mentiras? A nosotros, ¿qué nos importa lo que los desvergonzados yanquis dispongan en el Norte? ¡Maldito sea el negro que rehúsa la obediencia! Del próximo árbol colgará su cuerda... Y precisamente son los canallas como tú los que quieren inducir a la rebelión a nuestros esclavos.

—¡Oh, señor, señor! —rogó el negro—. Sólo he querido lo mejor, y creí evitar con mis palabras un daño mayor.

—¡Baja, rebelde! —ordenó el Coronel Lloyd, apuntándole otra vez con su revólver—. ¡Baja, o te mato en el acto!

A las primeras palabras del negro, los perros habían intentado en vano subir al árbol. Mordían furiosamente el tronco, azuzados por Bendix.

Sus dentelladas demostraban claramente el trato que darían al fugitivo si llegaran a alcanzarle.

—¡Oh, señor, señor! —imploró. Escipión, juntando las manos hacia el Coronel Lloyd—. Tú eres mi dueño. Yo quiero bajar, pero manda sujetar

primero esos diabólicos perros.

Frank Lloyd sonrió desdeñosamente, y, metiendo el revólver en su funda, dijo con displicencia:

—Hemos de volver a Beaufort llevándote vivo. Sujete, pues, sus perros, Bendix, o de lo contrario lo despedazarán, y no tendremos el placer de verlo colgar para escarmiento de los demás.

—¿Para qué cargar con tantas molestias? —dijo Clayton—. Deje que los perros lo devoren, Coronel. Yo puedo abatir a ese pájaro con el látigo y que los perros se entretengan... En fin, Escipión es suyo, Coronel.

—Debe servir de castigo ejemplar a los demás —contestó Lloyd—. Si es ahorcado delante de sus ojos, les causará mucha más impresión que si lo despachamos aquí en el bosque, ya que no lo verían más, y acabarían por creer que había logrado escapar.

—Será difícil atar a los perros —dijo Bendix—. Les hemos excitado, y si se les deja libremente devorar la presa, la próxima vez irán mucho mejor tras una nueva pista.

—Eso no me importa —dijo Lloyd—. No hemos venido ni le pagamos para enseñar a sus perros, sino que queremos hacer según convenga mejor a nuestros intereses. Y éstos exigen qué llevemos con vida al preso a Beaufort. Si lo hubieran cogido y despedazado en pleno bosque, entonces bien, porque nada habría podido hacerse y nos habríamos contentado con el cadáver. Pero ahora más vale así, y por esto os pido encadenéis inmediatamente a vuestros perros.

Formuló la petición en un tono tan imperioso, que no permitió contradicción alguna. Bendix apretó los dientes visiblemente disgustado.

Ignoraba qué la comedida actitud de Frank Lloyd debíase a un interés privado. El apuesto Coronel había llevado una vida muy ostentosa en Washington. Iba a ser destituido de su cargo. Su propiedad en Beaufort no rendía mucho, porque poco se había ocupado de ella.

La aureola de "hombre, de mundo" que le rodeaba había influido en el ánimo de Rosalie Ryan... Pensaba pedir su mano..., pero temía levemente a Helen Ryan.

Una manera de congraciarse con ella, defensora de los negros, era demostrar que habíase comportado humanamente con Escipión. En otras ocasiones, Helen Ryan habíale reprochado que su capataz trataba con excesiva dureza a los esclavos, y por eso la primera medida de Lloyd al llegar a Beaufort había sido despedir al capataz.

Bendix esperó aún un momento, confiando en que el sádico Clayton, que ya en semejantes casos había hecho devorar a los fugitivos, tratara de convencer al Coronel.

Pero Clayton guardó silencio, y Bendix, al comprender que la orden era irrevocable, bajó despacio de su caballo, que tenía los belfos cubiertos de blanca espuma, y ató las riendas a una rama.

Sacó lazos del arzón y trató de sujetar a los perros, lo que demostró ser

tarea nada fácil. Los animales estaban excitadísimos; olfateaban allá arriba a su víctima y sabían que bajaría como en otras, ocasiones habían descendido otros seres del mismo color.

Pero con la misma seguridad conocían el significado de los lazos con los que Bendix se acercaba. "Nigger" se revolvió contra su amo, enseñándole los colmillos en actitud amenazadora.

Bendix dirigióse entonces a "Bull", que era más dócil, y consiguió enlazarlo.

A pesar de eso, "Nigger" no quiso obedecer aún, y, finalmente, Bendix tuvo que montar a caballo y alejarse algo con "Bull". Se decidió "Nigger" a seguirlos, siempre mirando de reojo hacia el árbol, hasta que lo perdió de vista. Entonces, al fin, pudo ser sujetado.

Escipión no se tranquilizaba: gemía diciendo que los perros podían volver. Clayton perdió la paciencia, y unió sus amenazas a las del Coronel Lloyd.

Por fin bajó Escipión, laceado por los gemelos Trimball, y Jim Cordy le esposó las manos a la espalda.

Colocado en medio de los caballos de Jim Cordy y Tom Trimball, y llevando a retaguardia a Jack Trimball, empezó a andar sollozando en lastimeros quejidos de miedo.

Al frente, el Coronel Lloyd conversaba con Clayton sobre la ruptura de las hostilidades entre el Norte y el Sur, guerra que empezaba con los cañonazos disparados en el fuerte Sumter, de Charleston.

Tras la comitiva, Bendix, aseguradas las correas de la trailla en su arzón, neutralizaba con el caballo la resistencia de los dos perros, que tiraban violentamente de sus collares al olfatear el peculiar olor de carne negra sudorosa y jadeante.

Entraban ya en la carretera que daba frente a "La Falaise" cuando Frank Lloyd palideció intensamente mirando a la terraza...

Sus ojos parecían contemplar un fantasma...

CAPÍTULO III

DUELOS VERBALES

No había voluntario descaro en la expresión con que Rock Gambler contemplaba el encanto que ofrecían las dos graciosas figuras femeninas, enmarcadas en la terraza por ramilletes de flores colgantes.

Su boca tenía un gesto cínico, pero, no obstante, admiraba la gentileza del grupo formado por madre e hija, a las cuales creía hermanas.

Instantáneamente comprendió por qué el difunto Michael Ryan llamaba "Myosotis" a la más alta de las dos. Aun desde la distancia en que se hallaba, podía discernir que los ojos de Rosalie Ryan eran de un claro azul moteado de reflejos dorados. Un azul cándido, que más hacía resaltar las negras y rígidas pestañas curvadas en sus puntas.

Unas negras y espesas cejas sesgadas hacia arriba cortaban en oblicua línea el blanco magnolia de su cutis, ese cutis tan apreciado por las meridionales y que tan celosamente resguardaban del cálido sol con pamelas, velos y anchos panamás.

La joven ofrecía una imagen linda y embrujadora. Un vestido de organdi verde y floreado se ajustaba a su esbelto talle, moldeando el busto, y los suaves y rubios cabellos estaban sueltos en cascada sobre los hombros escotados, contenidas, algunas de las desbordantes ondas por lazos de color.

Helen Ryan había heredado también los ojos algo oblicuos, sombreados por largas pestañas, de la antepasada francesa cuyos padres residían en Haití.

Su rostro era muy semejante al de su hija, aunque su encanto era más melancólico, y sus ojos oscuros carecían de brillo...

—¡Insolente pícaro! —exclamó Dan Carter, irritado por la actitud contemplativa de Rock Gambler—. Permítame, señora, que me despida y... Tengo que acudir a donde los muchachos de la Milicia...

—No, Dan.

La voz de Helen Ryan nunca se elevaba. Era una voz sin espontaneidad, con el suave acento de la costa de Carolina, dulce en las consonantes con un lejano vestigio del acento francés.

Era una voz que nunca perdía su diapason melódico. Sin embargo, todos la obedecían instantáneamente...

—Tú no ibas al campamento, sino a pedir cuentas a ese caballero por su actitud.

—Pues ¡sí, señora! Y no llame usted caballero al que es un pícaro antipático, engreído, perverso, inmoral, y que...

—Ve a invitarle a que tome un refresco, Dan.

Dan Carter desorbitó los ojos, colmado su asombro.

—¡Pero... eso es imposible, señora! ¿Invitar a ese jugador tramposo? No les ha sido presentado... No es un caballero.

—Acaba de sufrir un accidente ante nuestros ojos, y la hospitalidad del Sur no puede desmentirse. Hazlo así, Dan.

—Hazlo, Dan —repitió Rosalie.

Dan Carter cogió su sombrero con gesto rabioso. Su intachable honorabilidad le hacía repulsiva la misión que le encomendaban. Pero reconocía que el Sur era hospitalario..., y, por encima de todo, nunca había querido analizar los caprichos de las mujeres...

Aun las más sensatas, como lo eran Helen Ryan y su hija... eran mujeres.

Helen Ryan, al alejarse el joven oficial, susurró:

—Era preciso, hija. ¿Comprendes?

—Comprendo, mamá. Si este hombre... si este hombre sabe quién es "El Halcón" y piensa delatarlo... o darle muerte..., yo misma, yo misma...

—Tú, no, hija. La vida de ese individuo me pertenece, si es cierto que odia a "El Halcón". Ahora, por Michael, haz un esfuerzo. Seamos hipócritas y

no pongamos en guardia a nuestro enemigo.

—Es odioso, mamá... Mira de un modo que me dan deseos de cegarle con las uñas... Dan no mira así... y me quiere mucho. Tampoco el Coronel Lloyd mira así.

—Hay seres, hija mía, que hasta hoy tuviste el privilegio de no conocer. Piensa en tu hermano, y soportaremos esta prueba. También él es un héroe que actúa en silencio —y con melancólica sonrisa añadió Helen Ryan—: Seamos, pues, heroínas en ínfima escala, ahora..., y después, si es preciso silenciar para siempre a ese sujeto.

Dan Carter, andando a largas zancadas, aproximóse a la entrada de la alameda, donde, junto al poste, Rock Gambler sostenía por las bridas al potro negro.

Se detuvo ante el que continuaba mirando hacia la terraza.

—Mis saludos, señor —dijo secamente Carter.

—Los míos en eco, señor —replicó Gambler, arqueando las cejas. Al igual que respiraba, no podía evitar que su rostro tuviera siempre una apariencia impertinente...

Las pecas rubias resaltaron más en el rostro de Carter.

—Tuvo usted un accidente ha poco, ¿no es así?

—Eso creo, ¿no le parece?

—No hablo por mi boca, señor. Intento hacer más llevadera una misión. Que me ha sido encomendada.

—Transmita que estoy a la escucha.

La actitud de Dan Carter era claramente retadora. Rock Gambler tenía la sensación de que su prolongado examen de la terraza había encolerizado al joven Capitán de Milicias.

—Ante todo, debo declarar que le conozco Gambler.

—Después de esto, debo decir que yo también tengo idea de haberle visto. ¿En Savannah? No acompañaba usted al Coronel Lloyd?

—Sí. Soy su ayudante. Me llamo Dan Carter. Quiero que sepa usted que no debe confundir una invitación de la clásica hospitalidad del Sur, con las que... las que suele usted recibir.

—Aclare, porque hay mañanas que amanezco muy torpe de entendederas.

—Le indico la conveniencia de que lo que ahora voy a decirle quede entre nosotros dos.

—Mi caballo escucha, pero le doy mi palabra que no repetirá lo que oiga.

—Sus ironías sólo tienen una respuesta, que en otro lugar me encantará poder darle. Por el instante, a la vez que le hago constar mi desagrado por su comportamiento, le invito a tomar un refresco.

Rió suavemente Rock Gambler. Tenía informes de Dan Carter. La complicada misión que le había llevado al continente americano, haciéndole recorrer durante dos años todo el litoral atlántico, le había exigido armarse de

la mejor arma: un archivo de información...

Y, usando su fórmula habitual, para él Dan Carter era "un detestable imbécil bonachón y casi digno de ser un perro".

Aquello constituía el mejor elogio que el misántropo podía hacer, porque para él un perro era el ser más digno de aprecio.

—No eche chispas por los ojos, Carter. Me río porque nunca me invitaron a pelear, ofreciéndome primero un refresco.

—Las señoras Ryan suponen que él reciente altercado que han presenciado las obliga a invitarle. Tenga en cuenta que aquí, en el Sur, las familias honorables profesan un credo de hospitalidad hacia todo desconocido. No ha bastado que les diga que usted es un hombre que goza de la peor fama.

—Quien dice en cara del perjudicado lo que antes dijo para perjudicarlo, goza casi de mi simpatía. No me formalizo, Carter. Tengo la peculiar virtud, que me complace, de provocar una animosidad agradable que se desata contra mí por dondequiera que voy. Nada me ofende más que hallar buena acogida y simpatía. Por eso, cuanto me diga no puede ofenderme, sí es que esa era su intención.

—No se confunda, Gambler. Estas dos señoras son de una categoría que usted no está acostumbrado a tratar. No son como las que en Savannah pregonan que es usted un irresistible perdonavidas que las enamora.

—¿Tengo culpa de que mi perfil sea tan fascinador? No se preocupe por sus tórtolas...

Alzó Carter el brazo, presentando la diestra en revés... Se contuvo difícilmente...

—¡Con qué placer le abofetearía, miserable!... —pronunció, dificultosamente.

—¿Su refresco es de nudillos, Carter? Quise decir que no se alarmara, porque cuando me encuentro ante señoras que saben serlo, hasta me descubro. ¿Por qué me llama miserable? Es palabra dura. Suena a las usuales en los dramas donde se dice que el mal es castigado y la virtud recompensada.

—Si vuelve... si vuelve a llamar "tórtolas" a las señoras Ryan, le cruzo la cara. Queda advertido. Ellas me han enviado a invitarle. Le presentaré. A la menor palabra ofensiva, le abofetearé. Ahora, ya lo sabe.

—Usted llevará siempre las de perder, Carter, si siempre avisa. Creó que a eso le llaman lealtad. Cualidad de imbéciles.

—Mejor prefiero ser un imbécil, a ser un tipo de su calaña.

—Tengo la vaga impresión de que no le soy simpático. Bueno, amigo, ¿usted vino de camarero o de perro dogo?... ¿Viene a enseñarme los dientes, o a decirme que la mesa está preparada? Decídase pronto, porque las señoras Ryan me esperan.

Dan Carter había oído en Savannah muchos comentarios sobre Rock Gambler. Pero nunca creyó que fuera verdad la principal cualidad que atribuían al aventurero. Ahora comprobaba que era cierto: nadie podía

dominar mejor el arte de inspirar deseos estranguladores...

—Ya nos veremos en mejor ocasión, Gambler.

—Segunda vez que en corto lapso de tiempo oigo la misma frase. Me deleita el deseo que todos tienen de verme por segunda vez..., como si no les bastara una. Precédame, Carter. Es poco galante hacer esperar a dos señoras.

No fué un prodigio de etiqueta la manera en que Dan Carter efectuó la presentación. Se inclinó ante Helen Ryan volviendo la espalda a Rock Gambler, que en la terraza se destocó el amplio sombrero.

—Señora Ryan. Señorita Rosalie... Contra mi voluntad, les presentó a Rock Gambler.

Helen Ryan tendió la diestra, cuyo dorso rozó Gambler con los labios. Hizo Rosalie una reverencia, a la que correspondió con un saludo.

—¿Sufrió daño su caballo, señor Gambler? —preguntó Helen.

—Ninguno, señora.

La voz sonora y lentamente grave del aventurero tenía ahora un reposado matiz de respeto. Su rostro serio carente de su habitual expresión, impertinente.

—Hermoso potro, señor Gambler... ¿Desea que lo atiendan en los establos?

—Perdóneme la incorrección de no aceptar su amable ofrecimiento, señora. Pero soy extremadamente celoso, y no deseo que mi caballo reciba atenciones de otras manos que no sean las mías.

Dan Carter empezó a Respirar con normalidad. Aquella respuesta era la corriente en un buen jinete. La actitud de Gambler era deferente...

—¿"Claret", naranjina o algún licor, señor Gambler?

A la vez que hacía su invitación, sentóse Helen, imitada por su hija.

Tras aquélla permaneció en pie Dan Carter.

—Agradezco su amable invitación, señora. El "claret" de esta comarca creo que es sumamente delicioso.

Agitó Helen Ryan una pequeña campanilla, y poco después acudía Lil, portando una bandeja que a duras penas lograba abarcar.

La conversación adquirió un derrotero banal. Bellezas de la región, cultivos, Cosechas... Sólo dialogaban Helen Ryan y Gambler.

Rosalie y Dan Carter permanecían mudos, abismados en pensamientos contradictorios. Para el Capitán, la actitud de Gambler era digna de agradecimiento. Para Rosalie, era el comportamiento de un hipócrita que fingía ser un caballero, con sus engañadores modales, y sus atinados comentarios...

—...y lástima es que el espectro de la guerra se cierna sobre la Unión. ¿Qué noticias hay en Savannah?... Oh, perdón, señor Gambler. Quizá he sido indiscreta, pero el Capitán Carter nos dijo que le conocía de Savannah, y he supuesto qué de allí viene usted.

—En efecto. Y allí mucho se habla de la guerra. Quizá por eso me marché y vine en busca de la tranquilidad que por Beaufort se respira.

—¿Conocía ya Beaufort?

—Es mi primera visita...

Fué entonces cuando en la carretera el Coronel Lloyd palideció intensamente al ver el hombre que conversaba con las Ryan en la terraza de "La Falaise".

Convencido de que su delación a Rita Hayworth ¹ significaba la muerte segura para dos seres: "El Halcón" y Rock Gambler, la visión de éste le produjo una impresión de sobresalto.

Frank Lloyd era un solapado individuo de vileza consciente, que encubría bajo su apariencia caballerosa. Pero no tenía nada de cobarde...

En Savannah, Rock Gambler le había notificado que donde lo hallase le daría muerte, porque "dos chacales no podían vivir en el mismo lugar". ¿Por qué inconcebible milagro hallábase Rock Gambler conversando en Beaufort con Helen Ryan?...

—¡Este es, señor!... —exclamó Jim Cordy, acercándose al Coronel—. Este es el individuo que me derribó... Dijo llamarse Rock Gambler.

—Id tú y los dos Trimbball a dejar en sitio seguid a Escipión. Yo me quedo aquí. Debo visitar a las señoras Ryan. ¿Viene usted conmigo, Clayton?

—¿Por qué no? Me causa gracia Helen con sus verdades. Seguramente nos cubrirá de dulces improperios por maltratan a Escipión. ¿Quién es este Rock Gambler? No es de la comarca.

—Deplorará seguramente haberle conocido, Clayton. Créame. He tratado muchas clases de hombres durante mi vida. Nunca conocí a ninguno que fuera más retador y ofensivo que este aventurero.

—Lo recibe Helen... ¿Pecadillo de faldas? —sonrió Clayton—. ¿Pelearon ustedes por alguna belleza de Savannah? No es reproche, Coronel. Usted es soltero, y hace bien en divertirse.

En la terraza, Rock Gambler se puso en pie. Con tiesura, mucho más notable, después de sus rendidos besamanos, el Coronel Lloyd devolvió el breve saludo de Gambler, al decir Helen Ryan:

—El Coronel Lloyd, señor Gambler. El señor Clayton. Ambos buenos amigos, vecinos de Beaufort.

—Conozco ya al señor —se anticipó a decir Lloyd—. Tuvimos una entrevista en Savannah.

—Para ultimarla he venido a Beaufort —replicó Gambler.

Pero su entonación era correcta, y sólo comprendió el significado el Coronel Lloyd, quien sentóse en la silla cercana a Rosalie Ryan.

Clayton sentóse cerca de Helen, con risa que quiso hacer campechana, exclamó:

—¡Ataque ya, Helen! Llámenos negreros... ¡Pobrecito Escipión!

—Hablaré llagado el momento, Clayton. ¿Qué piensa hacer con Escipión, Coronel?

—Lo habitual para un negro rebelde, señora. Que sea juzgado de acuerdo con la ley del país. No podemos exponernos a que cunda el ejemplo de esta

rebeldía, señora. Es superfluo que a usted le indique el peligro que corremos si toleramos a los negros que se insolenten. Son niños a los que debe fustigarse cuando se descarrían. Ellos mismos son los primeros en reconocer que un buen amo es el que administra la justicia, pegando duramente cuando es preciso, recompensando cuando lo merecen.

Volvió Clayton a reír, y su prominente estómago agitó su chaleco multicolor, tintineando los dijes que colgaban de su gruesa cadena de oro.

—Antes no éramos tan comedidos, Coronel. ¿Su actual medida se debe quizá a "El Halcón"?

Las frecuentes alusiones al justiciero enmascarado, tema de muchas conversaciones, habían conseguido que Helen Ryan y su hija no exteriorizaran el menor sobresalto al oír mencionar el apodo del ser querido y familiar que suponían aún en vida.

Sin embargo, ahora ambas coincidieron en lanzar una rápida mirada a Rock Gambler, que parecía escuchar con la peculiar actitud del invitado cortés que no se inmiscuye en conversaciones ajenas.



—¿Tres? —sonrió Helen—. Sumamos seis, reunidos.

—Quizá el señor Gambler ignora quién es "El Halcón" —dijo, Helen

suavemente.

—¡Imposible! —rebatía Clayton—. Nadie, ignora quien es "El Halcón"... Bueno, todos ignoramos quien es en realidad. Pero su máscara siembra muchos temores. Reciente está aún lo sucedido en Belleville... ¿Oyó hablar de ello, Coronel? Un colono embriagado quemó vivas a dos negritas... Llegó "El Halcón" tres días después... ¿Quién le advirtió? Ah, señoras y señores, en todas partes tiene "El Halcón" confidentes... Y también dicen que una novia en cada ciudad... Lo cierto es que el colono de Belleville ardió atado al poste de su propio pórtico.

—Nada puede temer de "El Halcón", quien, como yo, administra justicia —dijo el Coronel, sobriamente—. Quizás el señor Gambler que no es norteamericano, repruebe nuestra admiración por el bandido caballeroso.

—Quizá el Coronel Lloyd que es norteamericano, no ignorará que una costumbre extranjera obliga a callar ciertas verdades cuando hay señoras presentes.

La réplica de Gambler aumentó la íntima desazón de Helen Ryan, quien como en juego de tertulia, sonrió:

—Nuestras costumbres pueden chocarle, señor Gambler. Pero en secreto le diré que nos parecemos por oír decir verdades. Detestamos la hipocresía social... ¿Se da cuenta, señor Gambler? Le estoy provocando a que hable claramente, manifestando su opinión sin el menor reparo.

Dan Carter tosió reciamente, y sus ojos brillaron mirando al que inclinando levemente la cabeza, rió sin burla:

—El Capitán Carter tuvo la lealtad de notificarme que el rumor popular me atribuye una fama deplorable.

—No haga caso —torció Clayton, riendo chabacanamente—. También el rumor popular me tilda de usurero, explotador y mercader...

—Lo lamentable es que cuando el río suena, piedras lleva —replicó Gambler—. Me refiero a mí, señor Clayton. No se aplique el refrán si no le encaja. Si usted, señora, es tan amable que me anticipa algunas de las cualidades que me atribuye la voz del vulgo, procuraré no desmentirlas, siempre y cuando no me rebaje a olvidar que estoy ante dos damas.

Al igual que su hija, tuvo Helen la sensación que el aventurero era un sujeto taimado, aun más peligroso de lo que suponían...

—Dicen que usted tiene por costumbre... ¿cómo diría?... provocar respuestas agrias, como si se complaciera en ello.

—Lo hago en privado o cuando no hay personas decentes. Por lo tanto, ahora debo callarme, porque en esta reunión hay tres personas como las que cito.

—¿Tres? —sonrió Helen—. Sumamos seis reunidos.

—Me excluyo. Profeso la costumbre de decir las verdades porque no las rehuyó, y reconozco que ésta es mi virtud.

—Supongo que de las tres personas que ha citado, damos por descontadas a las señoras Ryan —dijo Lloyd secamente—. Ya que usted,

señora, no tiene inconveniente en oír al señor Gambler, ¿puedo preguntarle a quién más considera honorable y digno de disfrutar de su honorable compañía, señor Gambler?

—Aludo al Capitán Carter. Es leal y canta las verdades. Y a la cara.

—Se jacta usted de sinceridad. Alardea de su... especial modo de vivir. ¿Saben acaso las señoras Ryan quién es usted y de qué vive? Lo siento, señora, pero hubo alusión personal y debo colocarme en el mismo terreno.

—Dejemos esto. Yo sólo deseé sinceridad en el señor Gambler al hablar de "El Halcón". ¿Qué opinión le merece el enmascarado justiciero?

—Un deportista insensato que pierde el tiempo luchando contra fuerzas superiores.

—Si me lo permiten —y el Coronel Lloyd se puso en pie— me retiraré. Volveré esta tarde a visitarles, si me lo consienten. Puede quedarse, Carter. Le espero a almorzar. Mis respetos, señora. Hasta después, Rosalie.

Rock Gambler hizo ademán de levantarse...

—¡No quiero abusar más de su gentil hospitalidad, señora...

—Quédese, señor Gambler. Tenemos tan pocas ocasiones de hablar con forasteros, que le retendré unos instantes más.

Despidióse Clayton acompañando al Coronel. Dan Carter ocupó el sillón que había abandonado Clayton para estar más cerca de Gambler.

—Te parecerá curioso, Dan —dijo Helen Ryan— que me esté comportando en forma distinta de como acostumbro. Casi ha sido por mi culpa por lo que el Coronel Lloyd y el señor Gambler han mantenido un breve duelo verbal, contenido porque ambos son galantes.

—Yo, señora, me he acostumbrado tanto a considerarla el prototipo de la dama del Sur, que no hallo el menor reproche...

—Déjeme terminar la frase, Capitán Carter —intervino Rock Gambler—. Usted sólo me conoce de oídas, y las señoras ignoran quien soy. No tengo inconveniente en confesar que siempre he experimentado un especial contento en desquiciar los ambientes, pero ahora no experimento este prurito, y por esto presento mis excusas.

"Quizá la bondad sea un éter invisible que flota en el ambiente ahora, y me contagia levemente por unos instantes. Es un sentimentalismo que pasará. Restos que conservo de una educación que me dieron y que abandoné el día en que harto de encajar golpes decidí defenderme levantando un muro de hostilidad entre mí y cuantos trataba. Y va que por una vez puedo congratularme de no haber sido incorrecto, ruego no conserven de mí más que el recuerdo de esta desacostumbrada actitud. Para lo cual, me despido de ustedes, satisfecho de haberlas defraudado, porque mi instinto me advierte que no se merecen que me deje dominar por el hábito, y sea tal como la fama me pregona.

—Si, ha de permanecer en Beaufort, nos agradará nos visite cuando quiera, señor Gambler.

Despidióse él, y Dan Carter hizo lo mismo. Ya en el extremo de la

alameda, Rock Gambler desató las bridas de su caballo, y en su rostro volvía a dibujarse su habitual, expresión sarcástica.

—¿Le ha gustado mi extremada finura, Carter?

—Confieso que si particularmente detesto su modo de vivir, le doy las gracias por haber sabido comprender que se hallaba usted ante unas señoras.

—Escuche, Carter... Las parrafadas que solté para demostrar que no quería que ellas me juzgaran excesivamente mal, me costaron mucho trabajo, y sudé para hilvanarlas. Ahora usted y yo estamos solos. He tirado los guantes blancos y no quiero desengañarle.

Dan Carter condujo su caballo hasta colocarlo junto al de Gambler, que al paso lo encaminó hacia la ciudad.

—Lamento que por mi afán de decir verdades pueda yo molestar a quien como usted es un buen terranova sin mucho seso. Podrá ser inteligente, pero, no lo demuestra.

—Hable. Tengo el ánimo inclinado a cierta benevolencia. Para ponerme a su altura, porque presiento que va a decirme impertinencias, puedo asegurarle que la baba de sapo no mancha la nitidez del armiño. Y cito el armiño para comparar la tranquilidad de mi conciencia, que si no soy un prodigio de inteligencia, en cambio nada puedo reprocharme.

—Sí, hombre. Usted no tendrá perdón si consiente que Rosalie Ryan se casa con el Coronel Lloyd.

—¡Oiga! Está usted invadiendo un terreno vedado!

—Es mi placer favorito, Le vi mirar a Rosalie. Carter, Tenía usted la clásica mirada del perrazo fiel que llora íntimamente su amor incomprendido. Luche mejor por su felicidad que por los idéales sudistas.

—Usted se las da seguramente de eso que llaman psicólogo, ¿no? Nosotros aquí, en el Sur, no disfrutamos de mucha cultura. Leer nos cansa, y estudiar nos repugna. Pero tenemos una virtud: no nos metemos nunca en asuntos privados e íntimos.

—Yo no soy, por suerte, de esta tierra, amigo. ¿Qué es un caballero del Sur? Un hombre que sabe jugar al *poker* perdiendo siempre, que sabe beber sin perder la vertical, y que entiende mucho de caballos, pero nada absolutamente de jacas bípedas.

—Prefiero irme, Gambler. Por el gran respeto que tengo por Helen Ryan... y la fraternal amistad que me une a Rosalie, le quedo agradecido a su comportamiento con ellas. Pero ahora me voy... De lo contrario, sé que lograría hacerme perder los estribos.

—No olvide que es Capitán de caballería sudista... ¿Por qué no le dice usted a Rosalie que sin ella no servirá usted ni para cabo de cocina? Háblele, y déjese de amistades fraternales.

—No veo la razón por la que usted se entromete en un asunto completamente ajeno y de índole delicadísima.

—Estoy en un instante tonto, Carter. Recuerdo mejores épocas. Recuerdo cuando yo, casi, casi, era como usted. Naturalmente que menos

tímido, pero casi tan imbécil...

—Quizá entonces me habría sido usted más simpático. Adiós, Rock Gambler, y olvidemos mutuamente que nos hemos conocido.

Picó espuelas el joven oficial, y Rock Gambler se encogió, de hombros.

—Me creí curado de toda debilidad, pero era una vana ilusión —musitó contrariado—. Allá este pecos zanahoria con sus amores secretos, y allá se las compongan las dos damitas. Lo que más me duele, "Brujo" —y acarició el cuello de su caballo— es que sea un híbrido. ¿No sabes lo que es eso? Sí, "Brujo". Un mulo que ni es caballo ni es asno. ¿No comprendes? Siempre relincho rebuznando, y me quedo satisfecho. En cambio, cuando como ahora procuro cantar melodías, me queda una gran desazón en el cuerpo. Tengo nostalgia de cuando allá en otro país, había una gran señora que me hacía saltar sobre sus rodillas prodigándome ternezas... Y basta de divagaciones, "Brujo"... ¡Galopa, galopa! Dejemos atrás los obstáculos de un pasado que a nadie le importa y que debo ser el primero en olvidar.

El único hotel de Beaufort, era un suntuoso edificio destinado a alojar a los granjeros de otras ciudades.

Su dueño un francés obsequioso, torció el gesto después de que el recién llegado subiera a la mejor de sus habitaciones. Había pagado una semana entera por anticipado y dió una espléndida propina al camarero que de la bodega subió cuatro botellas de champaña.

Pero no le gustaba aquel individuo. Su forma de vestir y su modo de hablar, al igual que la burlona expresión de su rostro, denotaban al individuo capaz de las peores villanías. Nada tenía de común con lo que en el Sur se consideraba un caballero...

Decidió dar cuenta de la llegada de un desconocido al perspicaz Broderick Crawford, que asumía en Beaufort las funciones conjuntas de Juez de Paz, y delegado de los rurales.

Beaufort había sido siempre un lugar de tranquila existencia, donde no había sitio para extraños forasteros de dedos demasiado ágiles y andar de pistolero profesional, continuamente alerta y de mirada despreciativa que constituía una ofensa para quien se sentía así observado.

—¿Rock Gambler? —leyó en el registro donde el forastero había firmado con rasgos enérgicos—. Eso es un nombre falso. ¿Roca y jugador? Ya te las entenderás con Brodie, amigo —monologó, dirigiéndose mentalmente al que, recluido en las magníficas habitaciones de su hotel, bebía copa tras copa, decidido a olvidar un pasado, que era un lastre de dulzuras y tristezas demasiado pesado para evocar.

CAPÍTULO IV

MUROS DE HOSTILIDAD

Cuando llegó a Beaufort por primera vez, Theodor Clayton fué bien recibido, porque pertenecía a una familia muy honorable de Charleston.

Luego, la fuerza de la costumbre hizo olvidar que el descendiente de los aristócratas Clayton, iba enriqueciéndose prestando a usura y explotando sin el menor escrúpulo cuantas ocasiones tuviera de aumentar sus riquezas.

Era tratado con condescendencia, porque él mismo afectaba ciertos remordimientos en sentirse tan dominado por la codicia y siempre se excusaba antes de que le echarán en cara sus artimañas de mercader.

La indolente idiosincrasia del Sur consideraba vulgar y de muy mal gusto comerciar en lo que no fuera algodón y azúcar.

Theodor Clayton, íntimamente, calificaba de ineptos e incapaces a sus conciudadanos y a su modo les tenía cariño, porque siendo como eran le permitían enriquecerse.

—Oiga, Coronel —dijo, apenas hubieron salido de "La Falaise"—. Quedó en el airé un punto. Iba usted a revelar quién era ese Rock Gambler, y se lo guardo. Hay galanterías desplazadas, Coronel. La misma Helen estaba desconocida, puesto que parecía deseosa de provocar sinceridades, ¿Tan inconfesable es el negocio al cual se dedica su predilecto amigo?

—Trafica en armas como agente de fábricas inglesas y ayuda a la suerte manejando el naípe a su favor. Un vendedor de muerte añadido a un *tahur*. Y por si fuera poco, un sujeto inclinado a la calumnia.

Esta última insinuación, era una de las habilidades de Frank Lloyd. Preparaba el terreno por si acaso el hombre al cual odiaba con una intensidad hasta entonces desconocida, hacia revelaciones indiscretas, tratando de repetir lo que en Savannah le había dicho personalmente.

Theodor Clayton sonrió complacido, tocando su cadena de oro. Pensaba en los deseos de un triunfo del Sur, deseos no acompañados de un prudencial acopio de armamentos. Había un buen asunto a la vista...

—Adiós, Clayton. Tengo prisa. Mañana por la mañana nos reuniremos en la sala de la cárcel para juzgar a Escipión.

Ondeó la mano Clayton y poco después, al hallarse en su despacho, escribió personalmente el nombre de Rock Gambler en el espacio en blanco de las tarjetas de invitación para él baile que aquella noche daba en su morada, para festejar el anuncio del noviazgo de su hija Agnes con Broderick Crawford.

Helen Ryan internóse con su hija por el frondoso jardín, hasta llegar al sitio que ellas solían elegir como el más seguro para sus confidencias.

No desconfiaban de la servidumbre negra, pero sí temían la infantilidad de sus caracteres, incapaces de guardar el menor secreto.

Sentáronse al borde del estanque, donde el rumor del surtidor acompañaba, con su bisbiseo, las palabras que podían ser dichas sin la habitual precaución. En aquel claro central y sentadas en su lugar favorito, podían ver llegar a cuantos hacia allí se dirigieran.

—Dan no aseguraría una cosa si no estuviera cierto de ella. Por lo tanto, cierto es que Gambler dijo que deseaba delatar a "El Halcón". Es hábil este individuo. Ecurridizo. Aparentó una cortesía deferente. No es el vulgar advenedizo. Es difícil el problema, Rosalie. Querer insistir intentando sonsacarle si sabe quién es "El Halcón", podría despertar sus sospechas. Pero por otro lado, ¿a qué vino a Beaufort?

—Dijo qué tenía que ultimar una entrevista con el Coronel. Y me pareció que entre ellos existe algo muy serio, mamá... Toda la natural corrección del Coronel, no bastó para disimular su hostilidad contra el forastero.

—Debemos decidimos, Rosalie. Sí piensas aceptar la demanda en matrimonio de Frank Lloyd, contra el que nada objetaré porque es un caballero cabal, debemos hacerle partícipe de nuestro secreto. Así nos lo pidió por carta Michael... Argumentaba que no podíamos ofender al que iba a pertenecer a nuestra familia, ocultándole lo que fatalmente un día u otro sabría. Esta noche, en el baile de los Clayton, el Coronel Lloyd nos dará su consejo sobre lo que debemos hacer para evitar que ese forastero ponga en peligro la vida de nuestro Michael.

Dan Carter toleraba muchas familiaridades en Bienemay, la negra jovial y rolliza, que a sus cincuenta años, de los cuales treinta y siete habían transcurrido al servicio de los Carter, manifestaba un aumento de su natural predisposición a continuar creyéndose la nodriza del que para ella siempre era el "amito", cuyos pañales constituyeron la tarea más agradable de toda su existencia.

Huérfano, Dan Carter se acostumbró a Bienemay, la antillana española que llegó de Cuba con la abuela Carter, como dueña de su hogar.

Los ricitos blancos que semejabán copos de algodón en la redonda cabeza, eran la principal coquetería de Bienemay. Le producía una risa sonora que sacudía todas sus carnes el oír las bromas que Dan Carter dedicaba a los lazos multicolores con que sujetaba aquéllos.

Y por eso, cuando aquel día, en que después de una larga ausencia, Dan Carter no vio ni comentó la abundante profusión de lazos, que adornaban los blancos rizos, Bienemay sintióse apesadumbrada.

—Mal le van los pensamientos a mi amito —dijo, mientras le contemplaba, instalado en una poltrona y sorbiendo el helado de fresa, una de las especialidades de la repostería en que sobresalía la antillana.

—Hay guerra, Bienemay.

—Eso no es lo que preocupa a mi amito. Hoy debería estar brincando de gozo, porque el señor rural le esperaba con el nombramiento de Capitán. Y está pensando mi amito. No me gusta que piense.

—Detrás de la frente tengo sesos —replicó, ceñudo, Carter.

—Pero los negros sabemos que los caballeros no deben pensar mucho,

porque eso cansa y vuelve malo el carácter. ¿Qué le pasa a mi amito?

—No te pongas empalagosa, que me sobra con el helado de fresa. No me pasa nada, vieja curiosa.

—Mal educado está mi amito.

—Tú me educaste y así nos luce. Ocupémonos de los asuntos de cada uno y nos irá mejor.

—Yo no soy un jovenzuelo de los que usted manda, señor Dan Carter.

—Ni yo soy ya el jovenzuelo que cabalgaba tus piernas para oír tus cuentos de miedo. Este mediodía voy a almorzar con el Coronel. No comeré en casa.

—No se come mejor en casa del Coronel Lloyd que aquí. Malas costumbres son esas, amito. Pero, en fin, por una vez puede usted ir... Y cuando hable con el Coronel Lloyd, dígame que no debe mandar ahorcar a Escipión. ¡No, señor, no! No debe mandar ahorcar al buen Escipión.

—El buen Escipión incitó a la rebeldía a los negros.

—¡Ah, señor, no, señor!

—Yo no miento nunca, vieja testaruda.

—Usted no mentirá, señor Dan Carter, cuando repita aquello que por sus propios oídos oyó. Pero mentirá si repite lo que oyó de otros oídos que oyeron. Yo estuve presente el domingo por la mañana cuando Escipión, que es negro muy leído, leyó un párrafo de la Biblia que me hizo llorar de gozo, ¡Qué bien lloré! Quedé descansadísima. Es aquel párrafo que dice que el servidor amante de sus dueños, cuando se marchó con otro dueño, perdió el sueño. Pero dijo Escipión que si el dueño es malo, tiene derecho el servidor a elegir otro dueño. Y Escipión, que es un negro guapo y bueno, dijo que los que eran esclavos de dueños crueles, tenían derecho a ser esclavos de dueños buenos como "*Missus Helen*" y mi amito. También dijo, que él misino apalearía al que no trabajase como siempre al servicio del Coronel Lloyd.

—Tú no quieres al Coronel Lloyd.

—No le quiero, y bien que se lo dije cuando te vino a buscar para que fueras su ayudante. ¿Ayudante tú, amito? Tú eres jefe y por eso eres el Capitán de Beaufort. Un capitancito muy majo, como no lo hay otro en todos los estados. ¿Y sabes por qué no le quiero?

—No quiero saberlo. Calla ya, vieja charlatana... Hoy estás zumbando como un moscardón.

—Más que zumbaré, señor Dan Carter. Ha llegado la hora de cantar las verdades. ¿Por qué sonríes con cara de conejo listo?

—No hace mucho había un hombre que también pensó cantar verdades. Ya sé lo que vas a decirme. Que el Coronel me robó a Rosalie. Pero no es así. Yo, nunca le hablé de amores a Rosalie... porque no puedo... Jugamos como hermanos. Nos revolcábamos por la hierba. Yo tenía cinco años más que ella y siempre tuvo Rosalie confianza en mí. Me dijo un día que me tenía tanto cariño que me llamaba hermano en sus oraciones. ¿Comprendes, vieja calumniadora, por qué me enfado cuando dices que el Coronel me robó a

Rosalie? El Coronel es un caballero y...

—¡No es un caballero! ¡No, señor, no, señor! Le nombraron secretario de un hombre que allá en el Norte manda en las guerras. Sirvió a los yanquis...

—Lo hizo para favorecer a los del Sur.

—Eso demuestra que no es un caballero, porque mintió a los del Norte, traicionándolos y aunque fuera en beneficio del Sur, el hombre que tiene dos caras en una ocasión, las tiene siempre.

—¿Qué entenderás tú de eso, negra inculta? No sabes leer...

—Y tú te mareas cuando coges el periódico y cuando coges la pluma sudas angustias de muerte. Yo no sé leer ni quiero saber, porque prefiero leer en el libro de la vida.

Bienemay rió esta vez con agudo estridor como si la cosquillearan.

—Eso del "libro de la vida" lo dije un día Escipión. Me gustó mucho, porque es frase bonita.

—Cuando estoy fuera de aquí, noto que me vuelvo más inteligente, Bienemay. Cuando llevo un tiempo oyéndote, pierdo lo ganado y soy un estúpido por completo.

—Eso sí que es verdad, señor Dan Carter. Se vuelve usted estúpido, porque no va a la señorita Rosalie, le coge de la mano y mirando las estrellas le susurra quedito palabras de esas sin sentido, pero que suenan tan bonitamente. Póngase de rodillas, que en esa postula el hombre que ama. se hace más grande. Dígale qué sea su hermana, pero también su novia, su esposa y su dadora de niños... No me miré así. He dicho dadora de niños, ¡sí, señor! Quiero mecer un niño con muchas pecas en el puñadito de carne y que tenga los ojos de flor de la señorita Rosalie. ¡Cállese, que ahora hablo yo, amito! Y yo no quiero morirme sin mecer otro Carter, porque todas las noches su mamá de usted me riñe. "Bienemay —la oigo murmurar—, no cumples como debes. Sabes que Dan no se casará si no es con Rosalie... ¿Qué haces, pues, que no le azotas como cuando pequeño no quería tomarse el chocolate?".

—De las negras más negras y estúpidas que hay en Beaufort, tú eres la mayor. Tienes ya que darte cuenta que tengo veintitún años, aparento más y soy Capitán. Por lo tanto, ando solo muy bien y me pones en ridículo cuando en vuestros comadreo de negros hablas de mí como si andara yo todavía sorbiéndome el moco.

—Un día me voy a rebelar. ¡Sí, señor! Sí que me rebelaré. Me iré a casa de "*Missus Helen*" y hablaré clarito con la niña boba que se dejó engatusar por ese traidor de Coronel...

—Quisiera que fueras hombre, Bienemay. y te iba yo a zumbar hasta cansarme.

—Atrévase, señor Dan Carter. Ande pegue, que yo no soy una mujer. Soy la voz de la familia Carter.

—Ponte ahora un candado en la boca, Bienemay. Ahí viene el señor Crawford. Trae el refresco que a él le gusta.

Broderick Crawford, bajo, atildado severamente y ensoberbecido por sus lentes de oro y su título de doctor en leyes, simpatizaba extraordinariamente con Dan Carter.

Tras repetirle de nuevo sus felicitaciones por el nombramiento de Capitán en jefe de la milicia de Beaufort, añadió:

—...que hay quien dijo que eres muy joven, Dan. Pero eres recto y prudente. Sabrás conducir a nuestros hombres al triunfo, cuando llegue el momento de entrar en acción. Pero ahora he venido para algo muy importante. Rigaud, el hotelero, acaba de dejarme. Me pilló cuando venía hacia acá. Dice que por el camino ha estado pensando y el forastero que está alojado desde hace unos instantes en su hotel, es, o bien un fuera la ley del Norte o mejicano, o bien un espía al servicio de los malditos yanquis, que al infierno vayan. Y que me sea perdonada ésta manifestación impropia de mi imparcialidad de profesión.

—¿Un fuera la ley del Norte o mejicano?

—Habla muy bien el inglés, mejor que nosotros, pero tiene negro cabello y del mismo color los ojos. Puede ser espía porque ya sabes que el Norte ha enviado a muchos por todo el Sur para ir tomando posiciones secretas. Me aseguró Rigaud que este forastero, después de pedir cuatro botellas de champaña y pagar una semana por anticipado de las dos mejores habitaciones, se encerró. Y no le cabe duda a Rigaud que ese individuo es un sujeto poco recomendable. Se llama Rock Gambler, que a todas luces es falso nombre.

—Le conozco.

—Ah... Si tú le conoces... es diferente. ¿Lo garantizas?

—No puedo garantizarlo. En Savannah le atribuían muchas malas pasiones, pero... —y deslizó, una mirada de soslayo hacia la antillana, que, posadas las manos encima de su delantal, escuchaba atentamente— yo no quiero dar por ciertas las cosas que no conozco personalmente o que no oigo yo mismo. El Coronel Lloyd conoce mejor a ese forastero.

—Yo había pensado. Dan, que tú deberías ir al hotel. Interrogar a ese desconocido, exigirle que te diga a que ha venido y si es preciso hacerle un registro completo.

—Usted es el Juez de Paz y el delegado de los rurales aquí.

—Pero para asuntos de papeleo. Dan. Yo soy débil, porque toda mi fuerza reside en mi cultura y mi ardiente defensa de la ley.

—Ya que habla de su ardiente defensa de la ley, quiero hacerle un ruego. Mañana, cuando juzguen a Escipión, llame a testimoniar a esa hermosa y rizada negra. Ella repetirá lo que dijo Escipión.

—No puede ser, Dan. Yo aprecio mucho a Bienemay, pero en los asuntos de rebeldía no sirve el testimonio de otro negro. Lo siento. La ley es la ley. No debemos permitir que cunda el mal ejemplo de un negro rebelándose contra su dueño. Huyó y demostró su culpabilidad.

—Huyó, señor Juez. porque los tres malos blancos de la plantación del señor Clayton fueron a buscarle para eso que llaman la ley de Lynch, que

debía ser un demonio por haber inventado esa ley. ¿A que ningún negro huye del amito, ni de "*Missus Helen*"?

—No me pertenece juzgar, guiándome por sentimientos, Bienemay. sino por lo escrito en los códigos estatuidos y aprobados por referéndum.

—Entonces, señor Juez, yo digo que, los... eso en donde está escrita la ley, no es humano, si no hacen caso a los sentimientos. No me mire así, señor Dan Carter, porque yo me callo cuando no tengo razón y por mucha ley escrita hay otra en la que debe usted pensar, señor Juez, y que es la ley de Aquél que no conoció colores ni más justicia que la que siempre triunfa y que puede pedirle cuentas diciéndole algún día: "¿Y tú señor Juez Crawford, por qué mandaste ahorcar a un negro bueno?"

—Calla, Bienemay —intervino Carter—. Ya basta de libertades...

—No te molestes con ella. Dan. Tu aya es la negra más sensata que hay en muchas leguas a la redonda. Se pasa de raya con frecuencia, pero es buena. No obstante, Bienemay, recuerda que Escipión mató a un blanco en el jardín del señor Clayton .

—Culpa fué del señor Clayton y bien lo sabe, señor Juez. Para ganar una apuesta. ¿Qué hizo el señor Clayton? Pidió al Coronel que le prestara a Escipión y durante semanas había un blanco sin vergüenza que se quitaba las ropas y zurraba de mala manera a Escipión. diciendo que le enseñaba a ser pugilista. Y cuando Escipión aprendió, entonces el señor Clayton llamó al yanqui de Charleston que era llamado "el campeón" y ganó mucho dinero apostando, porque el blanco campeón no sabía que la cabeza de los negros es como una bola de metal. Y Escipión, que no sabe la mucha fuerza que tiene, fué pegando tal como le habían enseñado y cuando dejó de pegar había roto el corazón y todas las costillas del blanco pugilista. Eso no fue un crimen. Fué ignorancia de negro.

—Bien. Yo mañana procuraré hablar lo mejor que sepa a favor de tu amigo Escipión. Y ahora, Dan, dejo en tus manos el ocuparte de ese forastero. Como Capitán de Milicia, estás facultado por mí. Antes, cuando eras Cadete Teniente, era distinto. Supongo que ya habrás dejado la ayudantía del Coronel Lloyd.

—Ese mediodía cesaré en el cargo. Después de comer con él, iré a visitar a Rock Gambler.

Cuando el Juez se hubo ido, Bienemay gruñó:

—No es mal señor el caballero Crawford, pero ha perdido mucho para mí desde que hizo el gato ronroneante junto a la hija del señor Clayton. Fué a por el dinero de la dote...

—Eso no te lo tolero, vieja calumniadora. El Juez eligió a Agnes Clayton porque ella es una señorita muy instruida...

—Más fea que un dolor de muelas. ¿No le sobran ya letras al señor Juez? Pues tenía que elegir señorita bonita y tonta, que sería una dadora de hijos buena, porque ahora los hijos del señor Juez y la señorita Agnes saldrán con gafas y en vez de pedir biberón pedirán libros...

Dan Carter habíase ya marchado a grandes pasos. En la galería, Bienemay rió con agudos trémolos...

—La hormiga, día tras día, hace un gran hoyo. La gotita de agua horada la roca. Y yo, señor Dan Carter, no descansaré hasta que le vea casado con la señorita Rosalie... ¡Voy a llorar tan a gusto, tan a gusto, que los charquitos formarán burbujitas de risa!

El Coronel Lloyd en la primera mitad del almuerzo, habló de la guerra que se avecinaba. Después, agradeció los servicios prestados por Dan Carter en su ayudantía, declarando que todo Beaufort y él el primero, tenían a gran honor considerarle, el más indicado para jefe de Milicia.

Dominaba a la perfección el arte de aparentar la máxima caballerosidad. Y fué una maravilla de dialéctica su argumentación a la hora de los postres.

—Confidencialmente, Carter, deseo su aprobación para uno de mis proyectos. Me refiero a mi petición de mano de Rosalie, que no pienso demorar más.

El cutis pecoso de Dan Carter resaltó enrojecido. Sus ojos se endurecieron, al crispase sus mandíbulas.

—Considero mi deber pedirle su aprobación, Carter, porque sé que usted, ama a Rosalie con afecto fraterno y en ausencia de su hermano, estimo que usted puede decirme si ve o no obstáculo en mi boda con Rosalie Ryan.

—Helen Ryan es quien debe decidir y después la propia Rosalie, Coronel Lloyd,

—Yo sé que ambas hacen mucho caso de usted, Carter. Su juventud no le hace ser petulante, sino extremadamente sensato. Yo he cometido mis pegadillos y los confieso, Carter. Pero ahora, cansado de todo, aspiro a crearme un hogar y poner toda mi alma en lograr la felicidad de Rosalie.

—No soy ya su ayudante, Coronel Lloyd. Déjeme hablarle de hombre a hombre. Usted tuvo en el Norte y también en Savannah amoríos con... señoras que no eran señoras. Ya que me ha pedido la aprobación, sólo puedo decirle que si Rosalie ha de ser feliz con usted, deseo con todo mi corazón que se case con usted. Pero recuerde, Coronel Lloyd, que si volviera usted a tener amoríos, como muchos caballeros del Sur mantienen aún después de casados, yo vendría a pedirle cuentas, espada en mano.

—Esa es la prueba de que quiere usted mucho a Rosalie. No le entretengo más, Carter.

Púsose en pie el joven. Vaciló un instante y, por fin, habló:

—Usted puede informarme de un extremo, Coronel Lloyd. El señor Crawford ha delegado en mí el hacer un registro personal del saco que, como único bagaje, lleva Rock Gambler. El hotelero Rigaud cree que puede tratarse de un espía yanqui. Lo dudo, porque él iba en el barco que nos trajo el armamento, destinado al Sur y no iban los yanquis a sacrificar armamento

para conseguir informes.

—Es muy complicada la telaraña del espionaje. Todavía está en embrión esta ciencia, pero día llegará en que la estrategia preliminar de la guerra secreta de los informes sea la que dé el triunfo a las armas. Es un trabajo solapado, de zapa. Y le doy mi palabra de caballero, que si hay un malvado en el mundo que llene todos los requisitos para ser el perfecto espía, ese es Rock Gambler. Es el prototipo del hombre que ante nada se detiene. Usa la calumnia, mancilla el honor de todos... En fin, Carter, no me gusta acusar a un ausente, usted queda libre de actuar como mejor le parezca.

Cuando Dan Carter abandonó la casa del Coronel Lloyd, éste sonrió como un zorro que ha sorteado todas las trampas tendidas.

—¡Imbécil pecoso romántico! —murmuró, sordamente—. ¿Conque espada en mano vendrás a pedirme cuentas, cuando esté yo casado con Rosalie, tu Rosalie bienamada? Al igual que he engañado a cuantos me han conocido, seguiré engañando a todos, malditos imbéciles... Y si Rock Gambler vino a matarme, hallará un muro de hostilidad que se lo impedirá. Y un día u otro, el único que me puede molestar, ese otro romántico idiota llamado "El Halcón", caerá en mis manos.

Jugó Lloyd otra carta a media tarde. Pidió a Clayton que le prestara los servicios de Jim Cordy y los dos gemelos Trimball, alegando que tenía noticias de que un espía yanqui intentaba atentar contra su vida, y necesitaba una escolta para dar caza al espía si intentaba conseguir su propósito.

Y Bendix, con su jauría de perros, recibió salario, para guardar la mansión del Coronel Lloyd.

La rectitud y nobleza de Dan Carter tuvieron que sufrir un combate con su sentido del deber, cuando el hotelero Rigaud le dijo que el forastero estaba tendido en la cama, seguramente embriagado, porque los cuatro frascos estaban vacíos y derribados en el suelo.

Rigaud tendió una llave a Carter...

—Con ella, *monsieur* Carter, puede entrar en la habitación vecina y desde ella a la ocupada por el forastero.



...estuvo a punto de convertirse en un asesino...

Cogió Carter la llave y las mullidas alfombras de la alcoba hicieron silencioso su paso cuando se detuvo junto al lecho donde Rock Gambler, tendido boca abajo y colgantes los brazos, murmuraba palabras inconexas.

Maldiciendo de la precaución preventiva del Juez Crawford, que había delegado en él aquella misión que se le antojaba casi inicua, hizo Carter un esfuerzo para recordar que el Coronel Lloyd había casi afirmado que aquel

hombre bebido y delirando en exceso de alcohol, era un espía al servicio de los yanquis, y, por lo tanto, un enemigo y aun más despreciable porque no obraba armas en mano sino ocultamente.

Debajo de la cama estaba el saco de gruesa lona, al estilo de los usados por los marinos extranjeros, que constituía el único bagaje de Rock Gambler.

Lo abrió Carter, colocándolo encima de la mesa. Ropas, dolares en billetes, una cantidad crecida... Un paquete de cartas... Un curioso artefacto que reveló un tintero de tapón enroscable y una pluma de acero...

El paquete de cartas tenía manchas de sangre. Deshizo el lazo azul y pestañeó en el colmo del estupor al leer la dirección puesta en los sobres. Todos iban dirigidos a "Michel Ryan" aunque el punto de destino era siempre una ciudad distinta del litoral. Había sobres dirigidos a Nueva Orleans y otros a Baltimore...

Dan Carter sabía que Michael Ryan llevaba dos años viajando continuamente. Pero ¿qué hacían aquellas cartas en poder de... y manchadas de sangre?

Quizá eran sólo sobres y contenían planos... La mente confusa de Dan Carter, no muy inclinado a resolver misterios, imaginó de pronto el crimen sencillo para un asesino.

El joven Ryan debía viajar, siempre con mucho dinero. A lo mejor, jugó naipes con el que seguía murmurando palabras tendido boca abajo en la cama, y Rock Gambler, viéndole adinerado, lo mató para robarle...

Leyendo con dificultad una de las cartas, apoyóse Carter en la mesa, desorbitados los ojos. Acababa de leer y era la letra de Helen Ryan:

"...no lo creo imprudente, hijo mío. Las cartas que yo te mando, nadie te las cogerá y si llegase el día fatal en que la gente comentase con pena que "El Halcón" ha muerto, yo sé que antes tu cumplirías tu promesa y en tu agonía quemarías mis cartas. No por mí, hijo, sino por tu hermana. Yo quisiera proclamar, a voz en cuello, que tú eres el caballeroso enmascarado. Yo quisiera gritar que tú, Michael Ryan, preferiste poner en peligro tu vida para el ideal de justicia, a vivir la ociosa vida de aristócrata que te pertenece. Pero Rosalie se casará. No sabemos quién puede ser su marido... En fin, hijo mío, Dios te bendiga, y cuídate mucho... Es pueril, ¿eh, valiente "Halcón"? Pueril que te diga que te cuides... Cuídate, hijo mío, que la larga vida de "El Halcón" me dará larga vida a mí... Hasta tu próxima carta, que cada palabra escrita te lleve mis besos y mi corazón,

"Helen Ryan"

Por vez primera en su vida, Dan Carter estuvo a punto de convertirse en un asesino a sangre fría. Desenvainó la espada que por la mañana le había sido regalada junto con el diploma, nombrándose jefe de Milicia y se

aproximó al lecho, dispuesto a matar al hombre que va no dudaba había venido a Beaufort para hacer objeto de chantaje a Helen Ryan, después de haber dado muerte a "El Halcón"...

He detuvo, para escupir en el suelo su desprecio, antes de hundir la reluciente hoja en el costado de Rock Gambler.

Y la lividez de furor se trocó en lividez de nuevo asombro, Rock Gambler seguía boca abajo y ahora su voz, dada la cercanía, era audible.

—Alcé muro de hostilidad. Lo creí firme hasta que... vi morir al "Halcón"... asesinado por dos tipos de mi calaña... ¡Maldito champaña! Me has hinchado los ojos, pero no te has llevado contigo el trozo que me queda de imbécil... Tan imbécil como ese "Halcón"... justiciero... Buen tiro el qué le di a uno de los asesinos... El plomo que más satisfacción me produjo...

Dan Carter, inclinado sobre el hombre que, ebrio, tenía los ojos cerrados y hablaba estrepitosamente, escuchaba anhelante.

—...Pobre imbécil idealista... Cavé tu tumba sintiendo que mi alma lloraba... No por ti, "Halcón" del diablo que viniste a complicar mi vida... Por ella, tu madre... La que por madre, enfermó su corazón latiendo temeroso y con orgullo... La que, según te escribía *Myosotis*, moriría cuando supiera tu muerte... Es curioso, "Halcón"... Al enterrarte, me di cuenta que me sentía otro... Volvía a ser el que un día fuí... Ya tenía algo limpio... y era muy propio de mí... Falsificar tu letra... Seguir dando fuerza al corazón de tu madre... ¡Maldito asno soy!... Me avergonzaría que alguien supiera que yo, el muy orgulloso de ser considerado un roquizo insensible... ocultó la máscara de "El Halcón"... y la llevaré para que siga su vida Michael Ryan... aunque yazca en una tumba ignorada... ¡Estoy borracho! ¡Asquerosamente borracho!... ¿Por qué asno? Porque esta mañana la reprobación de una mujer de ojos bondadosos y corazón sensible... me hizo daño... ¿Te quejas ahora, Rock Gambler? ¿Presumes de listo y te encanta que te llamen odioso "frescales" sin escrúpulos?... Pues, aguanta...

Un ronco estertor, muy parecido a un sollozo, quebró la voz del borracho. Dan Carter envainó lentamente y su juvenil temperamento se abandonó a admirar al hombre que estaba revelando su secreto.

—...Aguanta, Rock Gambler... Tuviste madre... y ella sola era la que decía que tú, por más bajo que cayeras siempre sabrías redimirte... Me alegra que nadie sepa que el insensible Rock Gambler... halla un ácido bálsamo en ser... "El Halcón" tan admirado... ¡y que sólo lo sepa yo!... Y tú, también, madre... Estoy borracho, ¿sabes?... No me lo reproches. Hoy me pesó mucho estar ante una mujer como tú... cuyo corazón también enfermó por su hijo... ¿Que es indigno de mí, tu hijo, el beber como un rufián que no se resigna a saber serlo? Juro... juro madre, que... ésta ha sido la última borrachera de Rock Gambler...

La cabeza de Rock Gambler se ladeó. Resopló como el hombre agotado, y en la alcoba ya no hubo más que un hombre roncando y otro que, tras rehacer el lazo que rodeaba las cartas manchadas en sangre y colocar el saco

bajo la cama, contuvo una imprecación furiosa, porque no podía ver bien al hombre tendido, ya que un líquido molesto empañaba sus pupilas.

Ya en el corredor del hotel, Dan Carter, se desfogó, no había nadie que pudiera oírle.

—Ya sabré vengarme Rock Gambler... Ya sabré vengarme..., porque no me vas a dar a mí lecciones de disimulo... ¡Eso sí que no!

Rigaud, no puso en duda la advertencia de Dan Carter que, incisivamente, habló con autoridad:

—Por motivos que pertenecen al secreto del sumario —dijo, doctoralmente, recordando una frase de las favoritas del Juez Crawford— usted a nadie dirá que yo estuve a solas en la habitación de Rock Gambler.

—¡Descuide, *monsieur le Capitaine*, mi palabra de honor!

—Le advierto y no lo tome a mal, que ya no sé quiénes son los hombres de honor y quiénes los maleantes... Bueno, olvide esto que acabo de decir... Son tonterías de mi aya... Sobre todo, recuerde que tiene mi palabra de hombre, que si usted dijera a nadie y menos que a nadie a Rock Gambler, que yo he estado a solas en su cuarto, Beaufort se quedaría sin hotelero.

—Yo le juro, *monsieur le Capitaine*, que adivino que su misión ha sido de gran importancia, descubriendo secretos de Estado. Por mis antepasados y su alma, yo juro no decir nada. Es más... Usted acaba de llegar de la calle...

—Eso es. Y ¿qué...se les da a los borrachos para que se les pase la embriaguez?, Rock Gambler ha bebido cuatro botellas enteras de su champaña más fuerte.

—Primero se les obliga a beber café negrísimo y sin azúcar. Si se echa sal en ello, mejor... Después, que huelan amoníaco... Y quedan fresquísimos y despejados como las mismas rosas. Lo he experimentado en mí mismo, y le garantizo los efectos infalibles.

—Prepare todos estos elementos, y ante mi presencia adminístrelos a Rock Gambler.

Dormía pesadamente el hombre había decidido ser "El Halcón", continuando aparentemente su personalidad de escéptico insultante.

Bebió gruñendo el café amargo. Tosió imprecando cuando el amoníaco hirió su olfato... Y, de pronto, su gesto atemorizó a Rigaud...

Con destreza que hablaba de mucha práctica, en la zurda del que se sentaba con el cabello enmarañado y los ojos marcados por hondas ojeras, apareció la larga pistola de doble cañón, apuntando al hotelero.

—¿Qué haces tú en mi alcoba, desvergonzado hotelero?

—Yo... acabo de entrar, *monsieur*... acompañando a *monsieur le Capitaine*.

Rock Gambler dejó oír una risita cansada. A la vez que se pasaba la diestra por la cabeza, bostezó y enfundó la pistola.

—¿Qué hace usted en mi alcoba, Dan Carter?

A una señal de Carter, marchóse apresuradamente Rigaud, cerrando tras él la puerta.

Dan Carter empezó su primera lección del arte del disimulo. Su corazón le gritaba: "¡Abrazalo, porque es todo un hombre!" y su raciocinio alzaba aún más la voz, para vociferar: "¡Escúpele, porque es lo que quiere!".

—Estaba usted asquerosamente borracho. Rock Gambler.

—¿Pagó usted el champaña? No le vendría mal beber alguna vez, Carter. Su nariz se pondría roja, y no se le verían las pecas.

—Su pretendida gracia no me causa la menor hilaridad. He venido en misión de servicio, como delegado del Juez de Paz y delegado rural.

—Tantos cargos para un muchacho de su edad, es como cargarle excesivamente las alforjas. No creo descubrirle un nuevo panorama ni calumniarle si le confieso que tiene usted una inteligencia que brilla por su completa ausencia.

—Me veo en la necesidad de recordarle que estoy aquí como representante de la ley. Póngase en pie.

—¿Ante la ley?... Escuche, joven Carter. Usted será muy Capitán aquí en su pueblo, pero yo soy súbdito extranjero y el artículo 706 de la Constitución de este continente, afirma que el súbdito extranjero sólo puede ser interrogado o encarcelado en caso de flagrante delito. ¿Es delito el pillar una "túnica" deplorable?

—Yo no entiendo de artículos y constituciones. Esta es tierra del Sur y el Juez de Paz ha delegado en mí la misión de registrar su equipaje. He venido a cumplirlo y lo cumpliré.

—César, el romano, no hablaría mejor.

—Según el hotelero, entró usted llevando, por todo equipaje, un saco de lona como los usados por los marineros. Si voluntariamente no lo abre y vacía encima de la mesa, me incautará de él.

—¿Con qué cuenta para incautarse? ¿Con este espadín?

La rapidez con que se puso en pie, demostró que una repentina alerta había borrado cualquier vestigio de la reciente embriaguez y también que la fortaleza del atlético aventurero, tenía elasticidad de pantera.

—La fuerza de la ley... —dijo, secamente Carter, admirado de sí mismo al comprobar que estaba simulando, con mucha perfección, una antipatía exterior tanto mayor cuanto mayor era el afecto que repentinamente le había invadido.

El rostro de Rock Gambler tenía su natural expresión sarcástica.

—Lo siento, Carter, pero es usted muy obtuso. ¿Por qué cree que me impresionará oírle citar tantas veces la ley? Si en mi saco tengo algo que no me interesa que vea, no lo verá... Por suerte, nada llevo que no sea muy honorable. Le permitiré que lo compruebe, con tal de que no me aumente el dolor de cabeza con sus estupideces.

Íntimamente decepcionado, Dan Carter presenció cómo, sin perderle de vista, Rock Gambler volcaba a sacudidas sobre la mesa, el contenido del saco.

—Vea... Mudas interiores, porque soy amante de la higiene, dolares, porque soy rico. Pregúnteme cómo gané estos dolares... y se quedará usted

sin saberlo.

—No se le acusa de robo. Se le acusa de ser muy posiblemente un espía al servicio de los yanquis.

La carcajada de Gambler era un compendio de irritante burla.

—Su ingenuidad me pasma, joven Carter. Mal irá el Sur si los caza-espías tienen su inteligencia. Fíjese en estos calzoncillos. Mirados al trasluz, muestran el plano del abismo de ingenuidad que le sepulta. Ese pañuelo contiene el diseño de varias minúsculas partículas que representan su cerebro. Tenga por seguro, mi honorable señor Capitán, que si fuera yo espía al servicio yanqui, me daría pena robar el dinero de mi sueldo en lucha contra enemigos de su talla. ¿Por qué se hace ilusiones, joven Carter? Usted no es más que un joven bruto que morirá gloriosamente en un campo de batalla... Pero déjese de intentar utilizar su cerebro. Las materias inexistentes no pueden funcionar.

Dan Carter, íntimamente desasosegado, alzo un extremo de una camisa que cubría el paquete de cartas rodeado de un lazo azul.

—¿Y esto, que pretendía usted ocultarme?

—Mire hacia acá, Capitán —y la voz de Gambler tenía una repentina dureza metálica, aunque reposada como siempre.

Con alegría interior, Dan Carter frunció el ceño, dedicando tan sólo una rápida mirada al doble cañón que le enfocaba.

—Su rapidez de manos de nada le servirá, Gambler. Puede matarme, pero le ahorcarán.

—No dudo que por el placer de saber que me iban a ahorcar sería usted capaz de dejarse matar. ¡No toque esas cartas!

—Algo que tanto defiende, no puede ser más que planos o instrucciones secretas. Debo incautarme de ese paquete de supuestas cartas.

Amartilló Gambler la pistola, mientras su diestra empujaba hacia atrás a Dan Carter.

—Voy a hablarle seriamente, Dan Carter. Tan seriamente, que yo mismo me asombro. Quiero revelarle lo que contienen los sobres que rodea esta romántica cinta azul.

Dan Carter experimentó una gran decepción. Si Gambler le revelaba la verdad sobre "El Halcón", no era el hombre que se figuraba.

Y fué naturalísima la sequedad con que dijo:

—Haga su revelación y después comprobaré la verdad de sus palabras.

—Si persiste en su terca falta de galantería, me temo que un glorioso Capitán caerá inutilizado en un prosaico cuarto de hotel.

—No puedo perder más tiempo, ¿Qué son estas supuestas cartas?

—Son cartas... de índole muy privada, que sólo puedo leer yo y la persona que me las escribe. Es una dama de corazón muy sensible... Me quiere, la quiero... En fin, ya conoce la caución... Un amor culpable... Ella tiene marido... Su nombre debe permanecer secreto. Usted es un caballero del Sur y no consentirá en cometer una falta de galantería tan detestable.

—No puedo fiarme de usted, Gambler. Puede muy bien engañarme.

—¡Qué duda cabe! Escuche, soy jugador de ventaja, pero no puedo evitar cierta superstición. Voy a hacer una promesa sobre algo muy querido para mí. Tengo en las venas sangre de un país muy latino... ¿De cuál? No nos incumbe. Que el feo rostro de la mala suerte me atraiga la muerte más dolorosa, si miento al jurarle que esas cartas las ha escrito una dama respetabilísima de corazón muy sensible. Y también le juro que no contienen nada en absoluto que ponga en peligro ni al Sur ni al Norte ni a ningún punto cardinal... Sólo amor, imbécil amor por mi parte, respetabilísimo por parte de ella. ¿Se quiere tomar la molestia de creerme?

—Usted es un jugador y sé que son supersticiosos. Además, yo también tengo instintos, Rock Gambler.

—Todo perrazo tiene instintos. No se moleste mucho. Es un elogio, aunque sea. menospreciar a los perros. También tendrá olfato... ¿No es cierto? Mi pregunta no es inútil. Su deseo de registrar mi saco me ha hecho pensar que la damita de sensible corazón podría verse perjudicada si yo continuara conservando estas cartas. Las sé de memoria. Ayúdeme, Carter. No es que le crea con la suficiente inteligencia para ser tramposo, pero andar sobre seguro es el mejor medio de resbalar. Hace poco, antes que usted me despertase, soñé. Hice un juramento y ha tenido usted el honor de despertarme de mi última borrachera definitiva. Tengo que cuidar de muchos intereses. Mi pistola le mira, cariñosamente, Carter. Acerque el quinqué... Quite el tubo. Ahora, apártese, olfatee, mire y no se acerque mientras dure esta cremación que con sus volutas llenará de poético aroma nuestras narices.

Los ágiles dedos iban prendiendo una a una las cartas...

Dan Carter, separado unos pasos, progresó en su nuevo arte.

—¡Eh! Hay sangre en alguna de esas cartas.

—No se alborote. Era un sortilegio romántico. Sangre de un ruiñón que quiso volar muy alto, por encima de la tierra y la tierra lo sepultó. Empapó alguna de las cartas y eso motivó que un pajarraco que por ahí pasa ha dejó de graznar unos instantes y vió en esas manchas rojas augurio de melodías calladas, muy ocultas... Pero ¡bah!, usted es un hombre educado y galante, pero demasiado terco para comprender esas finezas de enamorado.

Las botas de Gambler iban pisoteando las cenizas a medida que caían. Dan Carter inclinóse, haciendo una muda reverencia con el busto.

—¿Le duelen los riñones, Capitán Carter?

—Mi homenaje a la dama desconocida del corazón sensible.

—Dedíquelo a otra dama, procurando buscar la sensibilidad de su corazón. ¿Quiere que le dé lecciones? — y enfundó Gambler su pistola.

—En consideración a la índole privada y galante de esos residuos cenizosos, olvidaré que me amenazó usted con su arma.

—Olvidado. ¿Qué más?

—¿A que ha venido a Beaufort?

—Si se lo dijera no se lo creería. Y por si se lo creyera... no quiero

decírselo. No existe ley que pueda obligar a un hombre a ser sincero.

—Puedo hacerle expulsar de Beaufort.

—No puede. Necesita basarse en algo. Deudas, escándalo, robo, trampas, lesiones... demostrando su existencia. Pago, me comporte correctamente hasta que me dé la gana de dejar de serlo, estoy rico, no he trampeado, y lesiones... un puñetazo de advertencia ante sus ojos, Carter, en legítima defensa. Estaré en Beaufort el tiempo que juzgue necesario. Le autorizo a que se largue, Capitán. Su presencia empieza a darme náuseas.

—Procure evitar, que pueda yo demostrarle algún delito.

—Es usted un ser gracioso sin proponérselo. Si fuera usted quien tuviera que demostrarme algún delito, podría yo asesinar a mansalva con la completa seguridad de que cuando en el mundo entero sólo quedáramos usted y yo, entonces empezaría usted a sospechar que yo podía ser el asesino. En el fondo le aprecio, Capitán Carter. Recuerdo un perro que allá en Londres tenía...

—Hasta ahora me he limitarlo a ladrar, Gambler. No me obligue a demostrarle que, llegado el momento, puedo morder.

—Ya le avisaré cuando tenga deseos de efectuar una pelea sabrosa. Es usted fuerte y tiene un prometedor aspecto de bruto. Pero siga ladrando nada más. Le estropearía el físico. También con los puños tengo ventaja. Recibí en Londres muchas lecciones de pugilistas. Bastantes aristócratas apostaron a mi favor y si fuera vanidoso le hablaría de los destrozos que causé en campeones. ¿Sabe por qué también le vencería? Porque tengo cerebro, amigo Carter. Una cosa molesta, cuya molestia no la experimenta usted.

Por primera vez desde, que conocía a Gambler y había dialogado con él, Dan Carter rió. Su rostro tuvo un gran parecido con el de un colegial travieso...

—Me marchó con la convicción de que, por unos instantes, imbécil presuntuoso, he sido yo más inteligente que usted.

—¿Sí? No se vaya sin decirme por qué. Me quitaría el sueño.

—He sido más inteligente, porque, como dice mi vieja nodriza, he sabido vencerle. Sí; a usted, maldito *tahur* tramposo.... Se quedará usted con el deseo de pelearse conmigo, porque yo no pienso ni quiero estropearme los nudillos contra su rostro descarado de "matón".

—Adiós, Capitán Carter. Cierre la puerta al salir. Yo abriré la ventana para que se airee la atmósfera muy cardada de microbios de la idiotez.

—Usted está en ella.

Fué la despedida de Dan Carter. Instantes después, cuando Bienemay le quitaba las botas para colocarle unas zapatillas mullidas. Dan Carter casi pensó en voz alta, al decir:

—Tienes razón, vieja hechicera. Muchas veces las apariencias engañan y el caballero puede ocultarse bajo muy extraños aspectos.

—Yo siempre tengo razón y por eso, amito, usted tiene que aguardar una noche de luna, cuando los jazmines huelen mejor y decirle a la señorita Rosalie...

—El Coronel Lloyd va a pedir su mano.

—¡Mil y una veces cobarde si usted lo consiente! ¿No le da vergüenza que...?

—Juro por mi madre, Bienemay, que si citas tan sólo una vez a Rosalie, o hablas mal del Coronel, o mascullas tonterías de jazmines y lunas, me voy de Beaufort. ¡Jurado queda!

Bienemay sabía hasta dónde podía llegar. Calló unos instantes y sus grandes ojos se llenaron de lastimera expresión dolorida.

—Yo... quiero la felicidad de mi amito...

—Te quiero, Bienemay, vieja negra de ricitos de oveja buena. No te entristezcas por mí. Mientras Rosalie sea feliz... yo seré feliz. ¡Y basta de exteriorizar tonterías sensibleras! ¡Un caballero como yo no debe compartir las románticas bobadas de una negra llorona! Las cosas del corazón... se ocultan virilmente... ¡y si es preciso se levanta un muro de hostilidad!

Bienemay, ajustada por la vehemencia de su dueño, quedóse perpleja.

—¿Hostilidad, amito? ¿Qué palabra es esa que nunca le oí?

—Significa lo que un hombre digno de admirar... ha elegido como coraza. ¿No lo entiendes? Eres una negra inculta.

Y Dan Carter sólo se puso melancólico cuando el atardecer llenó de fragancias el jardín donde nunca vería la imagen de Rosalie pasear cogida de su brazo...

CAPÍTULO V

"EL HALCÓN" APARECE POR DOS VECES

Mientras se afeitaba ante el espejo de la alcoba del hotel regentado por Rigaud, Rock Gambler meditaba que la instintiva simpatía que sentía por Dan Carter, le había hecho conducirse infantilmente, en un diálogo de pullas propias de colegiales.

Se excusó mentalmente, dando por buena la opinión de un eminente médico que, gozando de gran renombre, había sentado la afirmación de que tanto más viril era el hombre cuanto más abundaba en infantilismos.

Cuando dejó de recordar al pecos y joven oficial, pensó en Frank Lloyd. Ya había tenido ocasión de conocer el artero y sinuoso proceder del que era clásicamente el lanzador de piedras que sabe ocultar perfectamente la mano que hiere.

Indudablemente, no bastaría el favor de las tinieblas nocturnas para entrevistarse con Frank Lloyd. Sin necesidad de informarse, podía Gambler asegurar que los posibles accesos al domicilio de Lloyd estarían vigilados.

Frank Lloyd era una personalidad en Beaufort. Las notas del archivo particular que consultaba Gambler en sus visitas a agentes repartidos por el litoral, identificaban a Lloyd como un jugador a dos paños, que traicionaba tanto a los del Norte como a los del Sur, en servicio de su propia ambición.

Pero eran notas que no tenía el menor interés en hacer públicas. Eran su

mejor arma y el fruto de dos años de trabajo. Cuantos conspicuos personajes significaban algo en la contienda que se avecinaba, estaban encasillados. Muchos de ellos, sólo en la memoria del agente que en apariencia era vendedor de municiones...

Eliminar a Frank Lloyd era prescindiendo de toda consideración de orden moral, una simple defensa legítima. No porque Lloyd intentara dar muerte personalmente a Gambler, ya que no ignoraba que si era demostrada su participación en la muerte del aventurero, cualquiera de los componentes de la tupida red que había tendido Gambler por el litoral de Norte a Sur, haría llegar a todos los ámbitos las pruebas de la doble traición y la falaz personalidad del supuesto caballero.

Pero era una cuestión de vida o muerte para Gambler la eliminación de Frank Lloyd, ya que éste por todos los medios, intentaría lograr que otras manos aparecieran como responsables de cualquier accidente mortal que concediera para siempre el descanso a su existencia atormentada y confusa, pero que no estaba dispuesto a perder voluntariamente, porque amaba la lucha y el peligro, que eran ya sus razones de vivir, casi tan necesarias como una droga.

Una droga donde la suplantación de "El Halcón" actuaba como complemento de grato sabor romántico, que le resarcía de íntimos sinsabores, que nadie podría haber adivinado al contemplar su aspecto desenfadado.

Miró sobre la mesita, junto al tocador, la cartulina donde su nombre, en meticulosa caligrafía, aparecía bajo la palabra impresa "INVITACION".

Una invitación al baile que en los salones de Theodor Clayton y en celebración del anuncio de los esponsales de su hija Agnes con el "cultísimo y prestigioso hombre de leyes, nuestro Juez de Paz, honra y prez de Beaufort, Broderick Crawford".

¿A qué obedecía aquella invitación? ¿Celada por parte de Lloyd? Era dudosa tal posibilidad, ya que al baile asistirían muchas personas y difícilmente...

La navaja quedó en suspenso en el aire, porque, repentinamente recordó Gambler que el individuo al cual derribó por la mañana, al igual que los dos gemelos que le acompañaban, regresaron después escoltando a Theodor Clayton y a Frank Lloyd...

Cuando acabó de afeitarse y asearse, contempló unos instantes el vuelo interno del reborde de sus botas y dejó colgante del barandal del lecho su cinto con la pistola y el látigo.

Al baile iría aparentemente desarmado. Era un baile distinguido y si en él se provocara algún incidente en desacuerdo con la cortesía característica de los sudistas, le serviría a modo de distracción y también como compensación a la "ridícula" embriaguez en la que por única vez, desde que había iniciado su peligrosa misión en el litoral norteamericano, había naufragado por la punzante convicción de la vaciedad sentimental de su vida. Un sentimiento que sólo se lo había evocado con cruel evidencia, la contemplación de dos

mujeres que emanaban bondad y distinción natural... Dos mujeres tan distintas a las que por egoísmo habíase acostumbrado a tratar.

Un egoísmo de hombre que no quería nunca más exponerse al atroz dolor de ver morir trágicamente ante sus propios ojos a la mujer que amó con entera donación de espíritu.

Desde entonces nació su misantropía y la venal sensualidad de sus amoríos...

Mirándose al espejo, Rock Gambler dedicóse una mueca cínica:

—Eres guapo, Rock. Más lo serás, cuanto menos pienses...

Frank Lloyd, después de cenar ligeramente, encendió un largo veguero, y toda su actitud denotaba al hombre contento de sí mismo.

Había anticipado los acontecimientos, volviendo a su favor la próxima destitución de su cargo. Hizo partícipe a Clayton de que su patriotismo sudista le impedía ya seguir en su provechoso empleo de Secretario del Ministerio de la Guerra.

Manifestó que como particular, porque haría renuncia de su graduación, serviría a los intereses del Sur como simple soldado si era preciso. Con ello también se anticipaba a la degradación que de su cargo publicaría el boletín del ejército.

Por la tarde, en su breve visita a "La Falaise", escoltado por Jim Cordy, los dos hermanos Trimball y Bendix con sus dogos, insinuó que, decidido a vivir la existencia de un plantador, sólo le faltaba un impulso noble por el que luchar, además de su ferviente adhesión al Sur.

Necesitaba una esposa que diera sucesores al nombre de Lloyd. Y, a la vez, rogaba que se le admitiera con más asiduidad el visitar a las moradoras de "Le Falaise".

Todo, pues, iba saliendo a pedir de boca. Únicamente había dos sombras en su porvenir y en su presente. La de Rock Gambler y la de "El Halcón".

Entró Bendix en el comedor:

—Una señora desea verle, Coronel.

—¿Quién es?

—No quiso darme su nombre y apenas la vi. Viaja en carretela cerrada. Se cubre con una capa oscura y me dijo que iría al pabellón del jardín, cuando usted supiera ya quién era.

Rita Hayworth... La inteligentísima espía yanqui, que siguiendo las instrucciones de Lloyd había logrado enamorar a "El Halcón", con el propósito de apoderarse de su voluntad y hacerle servir inconscientemente a los intereses del Norte.

Rita Hayworth... La hermosa criolla de apasionada apariencia y alma fría y calculadora, para la cual un crimen no tenía importancia alguna...

El Coronel Lloyd se puso en pie.

—No es preciso que se acerque mucho al pabellón, Bendix. Vigílelo desde lejos.

—Comprendo, Coronel —dijo, sonriente, Bendix.

Las citas galantes de los caballeros del Sur eran proverbialmente numerosas y merecían, por parte de Bendix, el benévolo desprecio que se tiene para los vicios ajenos.

El pabellón del jardín, era uno de los lugares preferidos por Lloyd. Amueblado con lujo exquisito, abundante en muebles confortables, espejos y cuadros, era el sitio donde Lloyd se recluía para conjugar el verbo amar, o para sus detallados estudios geográficos de los próximos campos de operaciones.

Atravesó el salón de la antesala, el pequeño cenador y el despacho, dirigiéndose rectamente a la salita de divanes, espejos y *boudoir* que había sido testigo de muchas entrevistas secretísimas.

Pero la mujer que allí aguardaba, era considerada por el Coronel Lloyd, después de un frustrado intento, como una cómplice, con la cual era inútil todo escaqueo amoroso.

Rita Hayworth, tenía a gala afirmar que nunca se había entregado por amor. A sueldo del Norte, era considerada la espía más inteligente y que más peligro podía presentar para los ingenuos sudistas, tan caballerosos e incultos, salvo contadísimas excepciones.

Alta, sinuosamente flexible, con un cuerpo que era un prodigio estatuario, Rita Hayworth tenía a su favor el encanto de su perfección física. Sus labios, de un rojo intenso, tenían una suave morbidez. Sus negrísimos cabellos moldeaban perfectamente su cabeza, terminando en dos largas trenzas. Sus ojos oscuros, grandes y soñadores cuando quería aparentar espiritualidad, eran ahora escrutadores y sagaces.

—Bienvenida, Rita, aunque muy grave debe ser el motivo, para que, pese a lo convenido, hayas venido a Beaufort. Nadie debe saber que nos conocemos.

—El hombre de los perros, no podrá reconocerme —y su mano de dedos largos y blanquísimos señaló la capa echada sobre uno de los divanes.

Algunas veces, el Coronel Lloyd había sentido envidia de la que, siendo una mujer, era considerada, por el departamento secreto, como muy superior en inteligencia a él. Y el rencor de hombre se impuso al deseo que tenía de echarle en cara su "fracaso".

—¿Novedades en Savannah? —inquirió Lloyd, fingiendo despreocupación.

—Bastantes. Tal como me dijiste, cité a Rock Gambler a las nueve de la noche, ayer. Llegó. Cuatro eran las probabilidades de que no saliera con vida. La primera, "El Halcón". No sé presentó. ¿Sabes por qué? Alguien avisó a los rurales y éstos, por lo visto, no supieron esconderse adecuadamente. El caso es que "El Halcón" no se presentó y la primera probabilidad de terminar con Rock Gambler desapareció.

Hablaba ella tranquilamente, como si expusiera un tema banal. Su voz, cálida, ricamente matizada, era el complemento de su belleza...

—Yo avisé a los rurales —dijo Lloyd.

Rita Hayworth tenía un completo dominio de sus nervios. Su azarosa existencia habíala hecho, poco a poco, la más serena de las aventureras.

—Creí que al desear que yo citase a "El Halcón" y lograrse su amor, tú te proponías con ello obedecer simplemente órdenes de nuestro departamento.

—Pero debe ser suprimido. Voló el almacén donde yo hice depositar el armamento. Por eso avisé a los rurales de Savannah, para que cayeran dos pájaros de un mismo tiro. Rock Gambler, muerto por "El Halcón", y éste colgado por los rurales.

—Fallaron los dos tiros. A veces eres demasiado tortuoso, Lloyd. Ha sido un error de principiante el aviso a los rurales. Impidieron que "El Halcón" diera muerte a Rock Gambler. ¿No hubiera sido mucho más sencillo dejar que éste muriera a manos de aquél? Ya después, como en otras ocasiones, yo habría sido la Dalila —cerró ella los ojos, palpitando—. Recuerdo que Gambler me dijo que yo no sería nunca su Dalila y para eso he venido. Por vez primera en mi vida, tengo una pasión, Lloyd.

—¿También tú... también tú como cualquier mujerzuela sentimental te has enamorado de ese rufián?

—Mi pasión... es matar yo misma a Rock Gambler. Pero darle una muerte especial —y la voz femenina sonó levemente ronca. Recuperó el dominio de si misma—: La segunda probabilidad era "Tirol", un perro medio salvaje que tenía que destrozar la impertinente garganta del visitante. Se amansó cuando él le habló. Imparcialmente, reconozco que Gambler posee el don de amansar las fieras. Cualidad de domador. La tercera probabilidad, mis dos cuchillos que nunca habían fallado...

—Fracasó también —y ahora fué Lloyd, quien señaló la muñeca vendada de Rita Hayworth.

—Su látigo... Y al salir, Abijam fué atacado por el perro cuando se disponía a apuñalar a Gambler. Oí la breve conversación de Gambler, con Abijam. Éste demostró que sospechaba de mí. Debí adivinar que yo fingía amores por "El Halcón"... Y entonces pensé en una quinta probabilidad, contra la cual muy difícil le iba ser a Gambler salvarse. Maté al dogo de un cuchillazo desde lejos... cuando se puso a aullar a muerte, viendo a Abijam ahorcado. Y salí de la Casa Maligna desapercibida, cuando vi que se acercaban dos rurales. Hacía pocos instantes que Gambler habíase ido. Por tanto, él sería acusado de la muerte de Abijam y hasta quien sabe si de la mía. El jefe rural de Savannah tiene la insensible dureza de un gato montés...—hizo ella una pausa y, suspirando, añadió—: Este mediodía he sabido que el jefe rural fué a la habitación que Gambler ocupaba en la taberna de Sally, su amante. Fué media hora después de lo sucedido en la Casa Maligna... ¿Qué ocurrió? Lo cierto es que Rock Gambler está aquí, en Beaufort.

—Yo, personalmente, no puedo darle muerte.

—¿Por qué?

—Me notificó que tiene un detallado informe de mis actividades contra los sudistas. Y que si muriera, siendo yo autor de su eliminación el agente suyo que conserva en su poder el informe, lo haría llegar a las autoridades sudistas.

Estremeciése Lloyd, evocando:

—Esa gente es cortés... pero eminentemente cruel cuando se enfurece. El alma criolla es endemoniadamente complicada y perversa...

—El temor te hace olvidar tu habitual cortesía, Lloyd. Yo soy criolla.

—Conoces, pues, aun mejor que yo la verdad de cuanto digo. ¿Para qué has venido a Beaufort?

—Gambler me habló en una forma que él llamó instintiva. Acertaba al suponer que yo no podía amar a "El Halcón" y que, por tanto, estaba cumpliendo una misión. Me ofendió continuamente con su mirada despectiva y su sonrisa de canalla. Me miraba fríamente... como si fuera yo un objeto sin valor. Me trató como a una alimaña a la que se desdeña pisar...

—Olvida tus rencores y piensa sólo como acostumbras. ¿Te demostró si conocía la verdadera personalidad de "El Halcón"?

—Creo que no debe saberla. Es un jugador que vendería su alma al diablo por unos miles. Dan diez mil por la captura de "El Halcón". Yo sé lo que hace y pretende. Se ofrece como cebo, fingiendo conocer o estar en posesión de pruebas para delatar a "El Halcón", pensando que así éste se presentará ante él. Y un hombre poseído de sí mismo, un orgulloso perdonavidas como es Gambler, piensa que le vencerá.

—¿Te ha visitado "El Halcón"?

—No.

—Si has abandonado la Casa Maligna, donde él te visitaba, ¿cómo entrarás de nuevo en contacto con él?

—He venido a Beaufort para trabar amistad con las personas más influyentes. Me servirán. Es mi nueva misión. Y la complementaré con cuantos medios pueda para terminar con la pesadilla que Rock Gambler supone para mí... y para ti. ¿Quiénes son los personajes más influyentes de esta ciudad?

—Clayton, a cuyo baile debo ir dentro de unos instantes. Crawford, el Juez de Paz, que va a casarse con la hija de Clayton. Y Carter, que ha sido nombrado Capitán de la Milicia.

—Cuando regreses del baile, hazme un informe detallado de esos tres personajes. Sus debilidades, sus vanidades... En fin, como siempre.

—Es en lo único en que puedo ayudarte. Por lo demás, no te conoceré en público. Pienso casarme con Rosalie Ryan...

—Tampoco en Savannah nos conocíamos, Lloyd. Avisa a tu perrero que yo tengo entrada libre al pabellón.

Levantóse ella, colocándose la gran capa negra. Sobre sus cabellos colocó un velo, que recogió negligentemente alrededor del cuello de forma

que fácilmente su diestra pudiera encubrir sus rasgos faciales.

Frank Lloyd, en pie, fué el actor de siempre. Inclínose respetuosamente.

—Lamento, señora, que la naturaleza no la dotase de un corazón más propicio a gustar las mieles del amor.

—Pobre Rosalie Ryan... —replicó ella, suavemente—. No la conozco, pero pagará muy caro el haber sucumbido a tus modales de caballero. A veces... a veces te odio, Frank Lloyd, porque también fue un supuesto caballero como tú, el que me convirtió en lo que soy.

—Repito mi lamentación... por no haberte conocido entonces, cuando debías ser ingenua, buena y deliciosa. ¿Acaso fuiste alguna vez una mujer como Rosalie Ryan? Permíteme dudarlo... Quien tuvo, siempre retuvo y no es ofenderte, felicitarte por tu facilidad en matar y tu sabiduría en la ciencia de la seducción.

—Dos cualidades que en común tenemos, Lloyd. Pero nos diferencia un punto: a mí no me dieron la probabilidad de seguir siendo la mujer honesta que un día fuí. A ti, en cambio, no fueron los acontecimientos, los que te hicieron un traidor asesino, que vende a su propio país, y ha mandado a la muerte a muchos de sus amigos, sino tu alma que nació perversa. Nos conocemos íntimamente, Lloyd. Por eso, por espacio de un segundo, he sentido cierta pena por Rosalie Ryan... Adiós. Hacia las dos de la madrugada pasaré a recoger tu informe sobre los tres hombres más sobresalientes de Beaufort. Déjalo en la carpeta del despacho.

Cuando ella se hubo marchado, un remordimiento le quedó a Lloyd. El remordimiento de no atreverse a intentar forzar la voluntad de Rita Hayworth, la mujer que le producía la misma sensación de un perfume enervante, embriagador, pero inasequible...

Y, eso era lo que más le dolía. Que fuera inasequible la mujer que por cálculo, se disponía a entregarse si fuera preciso, a tres sujetos tan inferiores a él, como lo eran Theodor Clayton, Broderick Crawford y Dan Carter.

Los uniformes grises abundaban en el salón de baile de la morada de Theodor Clayton. Alternando con los organdíes y las crinolinas, en *valse* lánguidos, daban distinción y marcial apostura al conjunto iluminado por las espléndidas lámparas de cristal.

Avanzó Clayton al encuentro del hombre que en el rellano de entrada contemplaba el salón con ojos críticos y sarcásticos.

—Bienvenido, señor Gambler. Le agradezco su atención en acudir a mi invitación.

—Vine porque supuse que no me invitaba para disputarle el sitio al infortunado Broderick Crawford.

—¿Envidia, querido amigo? Mi hija es la más rica dote de la comarca, prescindiendo de Rosalie Ryan.

—Vivir desposado a un esperpento adinerado con la añadidura de tenerle a usted por suegro, es un destino que no se lo desearía yo al más mortal de mis enemigos.

—Me advirtió el Coronel que usted disfruta intentando molestar a aquellos con quienes habla. Puedo contestarle citándole la fábula de la zorra, que al ver las uvas muy lejanas de su alcance, fingió desdeñarlas, alegando que estaban verdes.

—Quien como yo presume de cantar verdades, debe también admitir la verdad de cuanto le dicen. Aunque... tenga presente que no he entrado en liza. Su hija quizá estaría muy dispuesta a considerarme más agradable que la liebre con lentes que usted le ha elegido por marido.

—Mi hija sólo admira a los seres bien educados y con cultura, señor Gambler. Abandone, pues, toda esperanza.

—Sufriré mucho teniéndole a usted por padre, entonces. Agradable visión la de este bailoteo. Leí una vez que también los nobles franceses bailaban tontamente, mientras el pueblo se armaba. Decadencia... El Sur es un conglomerado de antañonas cortesías, que será vencido por el Norte, activo y práctico.

—Opinión que yo comparto privadamente, señor Gambler, pero que si fuera oída podría causarle enojosas complicaciones. Por suerte, nos hallamos en un buen lugar. Vemos sin ser vistos... —y Clayton rió de pronto, con su falsa campechanía—. ¿Es cierto, señor Gambler, que usted tiene fama de galán afortunado?

—No quiero prodigarme, demostrándoselo. Habitualmente, mi sola entrada en un lugar donde revolotean mujeres, causa un aceleramiento en el latido de sus corazones. Se encienden en rubores y suspiran íntimamente porque las favorezca con una mirada de aprobación.

—Parece usted darlo por seguro.

—Tan seguro como usted presta al veinte por ciento.

—Precisamente, por comprobar si es cierto que usted habla claro, le he invitado.

—Generalmente, ser sociable es disfrazar con la palabra aquello que se está pensando. Yo soy muy insociable. Su chaleco es un prodigio de mal gusto, Clayton. Denota al gañán enriquecido,

—Con mi propio esfuerzo, no por herencia.

—Empezar prestando contra utensilios de cocina, máquinas de coser, y ropas de míseros, es un negocio infalible. El hambre es mala consejera y quien de ella sabe valerse, merece toda mi admiración, Clayton. Si yo fuera "El Halcón", ¿sabe que haría con usted?

Rió a carcajadas, Clayton. Eran sinceras...

—¿Usted "El Halcón"? ¿Y por qué no yo?

—Era simplemente una suposición. Ya sé que usted y yo tenemos una fama que nos incapacita para intentar toda buena acción. Por eso... no las intentamos, ¿verdad, Shylock?

—¿Quién era Shylock?

—Un usurero que un tal Shakespeare presentó en un libro. Vendió una libra de carne de su propio hijo. Pero no hagamos citas inútiles. Shylock vendió tan sólo una libra... Usted es mejor mercader. Vende a su hija a una autoridad, para tener por yerno quien pueda servirle para encubrir sus tapujos. Es usted un gran hombre, Clayton. Pero si yo fuera "El Halcón", le encerraría bajo llave en un lugar donde por agua tuviera monedas de oro y por pan el mismo alimento. Hermoso castigo justiciero, ¿verdad?

—"El Halcón" bien le permite vivir a usted... Oiga ¿sabe que creo es cierto lo que usted afirmó de que causa emociones en sensatas damas intachables?

—Es proverbial la inclinación que sienten las damas por intentar sucumbir al delicioso peligro de rescatar al hombre de mala fama. Están tan acostumbradas al hombre bueno, que desean conocer la fruta prohibida del amor perverso.

—Observación cínica.

—Experimental.

—Entonces pruebe suerte. Será un gran triunfo, amigo... ¡Quién pudiera estar en su sitio, si lo consigue!

—¿A quién se refiere?

—A Helen Ryan. No le quita ojo de encima desde que usted entró.

Rock Gambler silbó tenuemente. Al propio tiempo, su puño derecho salió disparado. Alcanzado milimétricamente en la punta de la barbilla, Theodor Clayton cayó como un toro apuntillado.

Rock Gambler inclinóse... La barandilla del rellano ocultaba a los que estaban en la sala, lo que sucedía. Así por una pierna al desvanecido y con él a rastras, dirigióse hacia una habitación cercana y desierta. Un despacho-biblioteca...

Después de tenderle en un diván, fué Gambler a cerrar la puerta.

Sentóse en un sillón frente al que continuaba sin sentido. Un dolar de oro fué subiendo y bajando monorrítmicamente en la diestra de Rock Gambler.

Helen Ryan, invitada a bailar por Dan Carter, miraba la pareja formada por el Coronel Lloyd y su hija Rosalie.

—No me negarás, Dan, que Lloyd y Rosie forman un hermoso cuadro. Mucho más agradable de ver que el de Crawford y Agnes Clayton.

"Hay heroísmos que, por anónimos, adquieren rango de abnegación". Esto había pensado Dan Carter, a propósito de Rock Gambler. Ahora se aplicó la misma sentencia, al replicar:



Al propio tiempo, su puño derecho salió disparado...

—Rosalie es la mujer más bonita de todo el Sur... Y el Coronel es un caballero apuesto.

Helen Ryan miró fijamente hacia la entrada, en el alto rellano. Dan Carter siguió la dirección de los melancólicos ojos de la viuda.

—¿Por qué, Dan, hay rostros que no pueden negar que son espejo del alma? El tuyo, por ejemplo, proclama a gritos, que eres bueno, cariñoso y valiente.

—El suyo también, señora —dijo, torpemente, Dan Carter.

—¡Pícaro! —dijo ella, sonriendo con afectuosa burla—. No te sabía un perverso conquistador... Te quiero como a un hijo, Dan, pero tengo deseos de darte azotes cuando te veo tan torpe con las mujeres. ¿Por qué las temes tanto? Muchas, secretamente, están ansiosas de que las hables. En fin, quisiera ser tu madre, Dan, y te aseguro, que estarías ya casado.

Al terminarse el *vals* y sentada ella de nuevo, hizo un gesto de contrariedad.

—Es lamentable, Dan, que no pueda evitarme un pensamiento muy poco acorde con mi carácter. Tu excesiva timidez sólo me produce deseo de corregirla, pero con reproches maternos... En cambio, hay un hombre en este salón, cuya fatuidad, cuyo semblante de depravado capaz de todo crimen,

cuya apostura soberbia de desdén... me produce un extraño sentimiento. Creo... creo que sería capaz de... de disparar contra él... Soy mala, ¿verdad, Dan?

—Oh, no, señora... Yo, verá usted... A veces, también tengo este deseo.

—¿Coincides, entonces, conmigo? ¿No es odioso ese forastero? ¿Hay alguien que se le parezca? Ni Cordy, ni los Trimbball, ni Bendix... sujetos crueles y asesinos, me inspiran la aversión que siento por ese Rock Gambler.

—Dice Bienemay que nunca la cara es el espejo del alma, señora. Hombres con la sonrisa cínica y desvergonzada de Rock Gambler... pueden ser caballeros hasta el sacrificio y dignos de admiración.

—Pero ¡Dan! Tú mismo, esta mañana, cuando lo presentaste... Si no te contengo hubieses ido a pelear con él... ¡Y ahora casi parece que hablas de él con simpatía y cariño!

Mentalmente, formuló Dan Carter varias interjecciones impropias de ser oídas. Le disgustaba que la propia Helen sintiera odio hacia el que, noblemente, le estaba evitando la más cruel de las penas...

Pero revelar el secreto de Rock Gambler, era revelar el secreto de la muerte de Michael Ryan...

—Yo, señora... he repetido tan sólo lo que dice Bienemay, sin aplicarlo a nadie en particular.

El Coronel Lloyd fué a inclinarse ante Helen Ryan.

—¿Me hace el honor de este baile, señora Ryan?

Sentóse Rosalie junto a Dan Carter.

—Estás guapo con tu uniforme, Dan.

—Tú... preciosísima... con ese vestido.

—El Coronel ha pedido bailar con mamá ¿sabes por qué?

—No... no quiero saberlo... Perdona, estoy algo distraído. Pienso en muchas cosas... y, como dice Bienemay, no tengo costumbre de pensar mucho tiempo.

—El Coronel Lloyd ha pedido mi mano.

Lo dijo ella en voz baja, mirando a su compañero de juegos de la infancia. Dan Carter respiró hondamente y sus ojos brillaron como si se dispusiera a cargar al frente de su escuadrón de uniformes grises.

Pero se dejó vencer por su innata caballerosidad. Sería desleal no cumplir lo que Había tácitamente prometido a Frank Lloyd.

—Que seas feliz, muy feliz, Rosie... —dijo, con voz apagada.

—No pareces contento, Dan. Creí... creí que ibas a decirme otra cosa.

—¿Qué otra cosa puedo desear que lo que en mi corazón hay? .Que seas dichosa... y, si me lo permites, me voy a hablar con Sanders. Está siempre bebiendo... y es impetuoso. Yo soy su jefe... No quiero borracho.

—Sanders bebería un tonel y pediría otro tan fresco; Dan, ¿bailamos ahora?

La abnegación de Dan Carter tenía un límite. Se puso en pie y casi con sequedad, replicó:

—De ahora en adelante, Rosie, debes recordar que vas a casarte con el Coronel. Por lo tanto, bailarás sólo con él.

—A sus órdenes, mi Capitán —contestó ella, sonriente.

Pero cuando Dan Carter se marchó, desapareció la sonrisa en el semblante de Rosalie Ryan...

Había aceptado las atenciones de Frank Lloyd, porque era apuesto, culto y experimentado. Pero secretamente había confiado en que Dan Carter la amaba. Ahora tenía la convicción de que si había celos en Dan Carter, eran celos fraternos.

Se casaría con Frank Lloyd y sería una buena esposa. Porque prescindiendo de Dan Carter, no había en Beaufort hombre alguno que pudiera rivalizar en el corazón de Rosalie Ryan con el Coronel Lloyd.

Este consideró muy oportuno que la propia Helen Ryan por lo que él creyó intuición femenina, le condujera, antes de terminar aquel baile, a una salita donde refrescos y dulces se ofrecían en bandejas de oro.

En pie ante ella, Frank Lloyd adoptó un continente más familiar, que de costumbre. Supo también hallar las frases adecuadas.

—No soy rico, señora Ryan, porque consumí la mayor parte de mi hacienda en demostrar a los del Norte que en generosidad y esplendidez no pueden rivalizar con un meridional. Mi madurez es garantía de que he satisfecho los arrebatos juveniles y no recaeré en ellos. Aporto el preclaro orgullo de mi honradez y mi ardiente celo por la causa del Sur. ¿Puedo aspirar al honor de llamarla mi dulce suegra?

Tendió ella su mano, y Frank Lloyd sentóse junto a ella.

—Tengo la convicción de que serás un perfecto marido, Frank. Si Rosie da su consentimiento, yo lo apruebo. Ahora, en que ya te considero de la familia, debo cumplir con una obligación. Mi hijo me exigió que cuando llegara este momento, yo...

Asombrada se detuvo Helen Ryan. Su corazón enfermo le dolió repentinamente. Como una crispación de aviso ultraterreno... Algo indefinible que, obligándola a presionar con su diestra en el seno dolorido, la acobardó. Sintióse que por el momento era incapaz de revelar quién, era "El Halcón"...

—¿Un vaso de agua, señora? ¿Llamo al médico? ¿Se encuentra mal?

—Ya pasó..., Coronel Lloyd. Fué un pellizco... A veces digo, cuando esto me ocurre, que desde lejos mi hijo me recuerda. Ya pasó. No se preocupe.

—Antes me tuteaba, señora Ryan. Y era yo simplemente Frank...

—Perdona. .

—Iba usted a decirme algo...

—Todavía es pronto. Aun no estás casado con Rosalie. Cuando llegue ese momento, entonces te revelaré lo que mi hijo desea.

No insistió Lloyd. Helen Ryan, para cambiar la conversación, abordó otro de los motivos por los qué había deseado hablar a solas:

—Mañana juzgáis a Escipión. Quisiera pedirte un gran favor.

—Concedido de antemano, mi dulce suegra.

—He interrogado a muchos de los qué oyeron hablar a Escipión. No merece ser ahorcado. Diez latigazos y bastará. Si tú retiras tu acusación, el Juez Crawford no dictará sentencia.

—Hace tiempo qué Clayton quiere comprarme a Escipión. Se lo venderé y así usted misma no podrá reprocharme el haber azotado a Escipión. Le haré saber que gracias a usted salvó la vida.

—No, no... Ya son bastante empalagosos con sus canciones... Escucha, Frank: no gozas de mucha simpatía entre ellos; vale más que crean que tú mismo perdonaste a Escipión.

—Sus deseos son órdenes para mí. ¿Terminamos éste hermoso *vals*?

Sintióse Helen Ryan arrepentida de su desconfianza hacia el que tan caballerosamente se comportaba. Pero era pueril. No podía desoír a lo que ella llamaba "recuerdos de su hijo".

Theodor Clayton abrió los ojos, se frotó la mandíbula, e intentó en vano explicarse lo que había sucedido. Le dolía enormemente la cabeza.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —murmuró incorporándose.

—Qué falta de originalidad, Clayton. Se comporta usted como todos...

—¡Ah, es usted! ¿Qué me pasó?

—Dió usted un resbalón... amigo... Se cayó. Procure no volver a caerse.

—Pero... ¿cómo pude caer? Estaba hablando con usted y de pronto... ¡eso es!... de pronto algo chocó contra mi barbilla.

—Resbaló... y se dio de bruces contra algo muy duro. Nada más.

—No comprendo... En fin... ¿tiene la bondad de acercarme aquel frasco? Es un buen *whisky* y me quitará el dolor de sienes.

Cuando hubo bebido, Clayton dejó de pensar en su misterioso accidente.

—¿Sabe por qué le invité, Clayton?

Sonaron unos discretos golpes en la puerta y un lacayo entró para decir al dueño de la casa que el Coronel Lloyd quería hablarle. Salió Clayton, regresando poco después.

—No quiso entrar. Me ha vendido su esclavo Escipión. Muy buen precio. Es un coloso de hierro, que me hizo ganar buen dinero en una ocasión. Bien, eso no le interesará. Le he llamado, Gambler, porque usted y yo, podemos hacer buenos negocios.

—No tengo nada que empeñar, Clayton. Todavía no paso hambre...

—Usted trafica en armas por cuenta de fábricas inglesas. Le admiro, porque es oficio arriesgado. Creo que tanto le da vender al Norte como al Sur, ¿no?

—El único punto cardinal que me interesa es mi bolsillo.

—Excelente. Yo estoy en condiciones de poder pagar bien. Almacenaré, y cuando esos imprudentes sudistas vean que han ido demasiado alegremente

a la guerra, acudirán a pagarme bien las armas que pueda yo proporcionarles. Dinero y patriotismo a la vez.

—Estudiaré su proposición. Y ahora me voy, porque me harta usted ya.

—¿A rondar las faldas de Helen Ryan? Es bonita, muy rica... pero hizo voto de no casarse con nadie. Quería mucho a su marido... Pero intente Gambler, intente. Esas virtudes acrisoladas son más agradables de vencer para un hombre como usted, demasiado habituado a fáciles victorias.

—¿Le gusta esta mano? —y levantándose, Gambler presentó ante el rostro de Clayton su puño cerrado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Verá, Clayton. Yo puedo ser quien soy, pero me horripila ver un inmundo bicho como usted, babear inmundicias. Antes resbaló usted... porque le aticé un "gancho" bien medido.

—¿Usted... usted me pegó? ¡Ya suponía yo que...!

Clayton, colérico, alzóse, fiando en su robustez que le había permitido vapulear a muchos pendencieros en sus juergas en Savannah...

Dió dos puñetazos en el vacío y recibió en el estómago un puntapié, que le hizo caer sentado llevándose las dos manos al dolorido espacio.

—Antes le honré con mi puño, Clayton. Pero no quiero prodigar mis conocimientos pugilísticos.

—Me las pagará, Gambler —gruñó Clayton sin poderse levantar y encorvado.

—¿A qué tanto por ciento? La próxima vez que se permita usted babear insidias, le convertiré el rostro en mermelada.

Los ojos porcinos de Clayton se empequeñecieron...

—¿Quiere que le diga a Helen que usted salió en su defensa? No cuente con ello. Ahora comprendo. Usted me ha pegado, para que llegue a oídos de ella... Táctica hábil... Escuche... ¡No se mueva! No hablaré más de Helen... ¿Se atreve usted a apostar conmigo a que el rostro convertido! en mermelada va a ser el suyo?

—¿No le basta la ración? Póngase en pie y cuando salga de aquí tendrá que enseñar su documentación para que le reconozcan sus propios lacayos.

—¿Presume usted de pugilista, no?

—Porque puedo.

—Le apuesto... la cantidad que usted quiera... dos contra uno, a que no resiste usted en pie un combate con Escipión.

—¿Un negro temeroso? Vea lo que son las cosas. Con tal de que usted pierda algún dinero, voy a darle este gusto. Apuesto diez mil dolares contra veinte mil. Usted fijará el sitio del combate. Y cuidado con hacer trampas, porque yo le enseñaría muchas más de las que pueda saber.

—Elija por segundo a un hombre por encima de toda sospecha. Yo mismo se lo buscaré.

—Ya sabe dónde me alojo. Siga frotándose el estómago. Está precioso. Y entérese de algo. Si con las armas que yo pueda venderle piensa usted nacer

dinero, es mejor que se disponga a negociar con palillos para dientes. Yo no le venderé a usted ni una bala. ¿Por qué? Porque hay momentos en que olvido el sentido práctico, y no negocio con reptiles babosos.

Media hora después, Clayton reapareció. De vez en cuando se acariciaba la barbilla y el estómago, pero le consolaba la idea de que no sólo iba a ganar diez mil dolares, sino que vería silenciado para siempre al que le había humillado.

Tenía un plan seguro: jurarle a Escipión que sería ahorcado si no vencía a Rock Gambler.

Por la florida senda entre bosques, Rock Gambler se embozó más en su capa, y quitóse el sombrero.

Extrajo del forro una máscara. Colgó el sombrero bajo la capa. La negrura de Su caballo "Brujo" quedó formando una sombra más entré las del bosque, cuando quedó atado a un árbol.

Era siniestra la figura enmascarada que logró llegar al pabellón del jardín de la morada de Frank Lloyd, un cuarto de hora después que este entró en él.

Frank Lloyd escribía el informe solicitado por Rita Hayworth. Lo terminó, colocándolo bajo la cubierta de la carpeta...

Saltó la pluma cuando sintió en su espalda una presión dura...

—Hablo yo, Lloyd. Calla tú. Una simple conversación amistosa.

Un espejo reflejaba un rostro que a espaldas de Lloyd parecía un halcón incrustado en un semblante. Pero era una máscara de estrechos rendijas oblicuas con extremos que fingían alas y pico corvo.

—¡"El Halcón"! —musitó Lloyd, tranquilizado. Había temido que fuera Rock Gambler...

—Eso es. Ya te hice una visita, ¿recuerdas? Un incendio y una explosión. He vuelto a visitarte, para que me aclares algo que no comprendo. Tú me aprecias, ¿verdad, Lloyd?

—Como todos los del Sur. Me hiciste perder dinero allá en Savanah, pero no te guardo rencor. Tus acciones son siempre impulsadas por un afán noble. Pero la guerra es la guerra, "Halcón".

Hablaba Lloyd mirando por el espejo, sin moverse. La voz que oía a sus espaldas era baja, fingida...

—¿Qué pasó en la "Casa Maligna"? No encontré a Rita... Había un ahorcado y un dogo muerto.

—Fué Rock Gambler... Ese despreciable *tahur* que jura que te delatará. Debe saber quién eres, "Halcón".

—Nadie lo sabe. No te preocupes, Lloyd.

—Rock Gambler mató al perro y ahorcó a Abijam, para intentar dar muerte a la dueña de la "Casa Maligna".

—Tú la conoces, ¿no? Rita es hermosa. ¿Dónde está ahora?

—No la conozco... Tan sólo la vi una vez en Savannah...

—¿Por qué afuera, disimulados en el jardín, hay varios hombres?

—Rock Gambler juró matarme. Me hago vigilar.

—Yo he entrado.

—Vigilan mi casa... pero este pabellón, no...

—Una imprudencia. ¿Por qué quiere Gambler matarte?

—Porque yo le acusé de querer delatar a "El Halcón".

—Eres un genio, Lloyd. Dominas la ciencia de embrollar con tu aspecto y tus mentiras todas las cosas que te rodean... Tienes la pluma al alcance de la mano. Escribe lo que te dictaré.

—No te miento, "Halcón". Te doy mi palabra de honor que...

—Te creeré si escribes lo que voy a dictarte.

Frank Lloyd había oído hablar de los extraños procedimientos de "El Halcón"... Se dispuso a escribir.

—Dibuja primero un halcón. Eres experto cartógrafo. Has manejado muchas plumas... ¡Qué seguridad de trazo! El espejo por el que antes me mirabas te delató antes, Lloyd. Tus ojos adquirieron tu zorruna expresión. No confíes en inspirarme confianza. Yo no soy un caballero del Sur. Rellena con tinta... Los halcones son negros cuando son de buena raza. ¿No quieres seguir escribiendo?

Frank Lloyd acababa de depositar la pluma encima de la carpeta. Miró al espejo...

—Te deben haber mentido, "Halcón".

—Hablé contigo lo suficiente para oír más mentiras en menos tiempo, de lo que da de sí una conversación tuya.

Los ojos de Frank Lloyd se desorbitaron cuando en el espejo vió que el rostro hasta entonces enmascarado, aparecía descubierto, ostentando la peculiar sonrisa sardónica de Rock Gambler...

—¡Tú!

—Yo. Aplaca la voz, Lloyd. Vete reuniendo energías. Estás desarmado. Yo también. Tienes unos puños como los que usan los hombres. Cuando te levantes, te dejaré empezar... Habrá poco ruido... "El Halcón" te hubiese matado por traidor... Yo no. No soy tan sentimental. Yo te mataré porque envenenas cuanto te rodea... Estás desmadejado, Lloyd... Te consideran valiente y ya una vez te dije que es lástima que tu valentía tenga que servirte de máscara a la infamia de uno de los caracteres más pérfidos que he conocido... Y soy un buen Juez en la materia. ¿No crees que los puños pueden matar? Sí... Naciste con un corazón que si en vida sólo sirvió para regar tus venas... ahora tendrá más utilidad. ¿Has oído hablar de la ciencia pugilística? Los que saben rehúyen los golpes al corazón... Protege el tuyo, Lloyd. El mío ya está acorazado.

—Espadas hay en la panoplia... — y Frank Lloyd se incorporó lentamente.

—Es arma de caballeros. Ni tú ni yo lo somos.

Distanciados ahora por dos pasos, Frank Lloyd se agachó repentinamente. Oyóse un silbido...

Rock Gambler saltó de costado porque la silueta negra del umbral habíase delatado por el rayo metálico que de su mano salió...

Un cuchillo quedó vibrando en la madera, a espaldas de donde un segundo antes estaba Rock Gambler.

Repitióse el silbido, y Frank Lloyd, que ignoraba de dónde procedía, lanzóse para rodear con sus manos el cuello de Gambler...

Quedó vacilante, dando un traspies... El segundo cuchillo, lanzado expertamente, y que inexorable hubiese hundido su acerada punta en el pecho de Gambler, acababa de atravesar la espalda de Frank Lloyd...

Rock Gambler quitó de una de sus botas, la alargada pistola plana, que permanecía invisible en el anverso, contra su pierna.

Acercóse cautelosamente hasta el umbral. Recorrió todas las habitaciones... Cuando se arrodilló junto al cuerpo tendido de Lloyd, enfocaba con la pistola el umbral.

—Fue... Rita... —delató Lloyd entre estertores—. Ella sólo... puede tirar así... y tenía que venir...

—Estás muriendo, Lloyd. Muere con valor. Los delatores nunca viven noblemente, y mueren con cobardía... Trata de comportarte mejor.

Se incorporó sobre un codo Frank Lloyd. Fué impresionante la mueca con que arrancó de su propia espalda el cuchillo que atravesaba su corazón.

Quiso arrojarlo contra Rock Gambler, pero el ensangrentado cuchillo cayó al suelo. La mano del agonizante no tenía ya fuerzas...

Púsose en pie Rock Gambler y se aproximó al umbral. Cerró la puerta con pestillo.

Sentado donde poco antes estaba Lloyd, abrió la carpeta para buscar papel donde escribir. Tres nombres subrayados le llamaron la atención. Leyó rápidamente. Volvió a leer el informe que el muerto que yacía a sus espaldas destinaba a Rita Hayworth, y el comentario final.

Después de varias pruebas, fué copiando, letra por letra lo escrito por Lloyd, y guardó en el bolsillo el original.

Con los fáciles rasgos caligráficos de Michael Ryan escribió unos instantes. Volvió a dejar encima de la carpeta el papel donde debajo de un halcón, Frank Lloyd, había iniciado su confesión de traición.

Volvió a colocarse la máscara y colgante la larga capa, abrió la puerta, pistola en mano.

Poco después se internaba por el bosque. Cuando a la media hora dió frente al edificio donde vivían Helen Ryan y su hija, se detuvo, parapetado tras el tronco de un árbol en la penumbra.

En la galería alta del primer piso había una frágil silueta, enmarcada tras

los cristales de una habitación. La única habitación donde había luz. Pudo reconocer la figura de Helen Ryan...

Poco después, la luz se apagaba. Envolvió Gambler la breve carta en un guijarro, que convirtió en ruido cristalino su choque contra, el balcón.

Volvió a encenderse la luz en la alcoba de Helen Ryan... El reflejo sonrosado de la pantalla, la dibujó cuando se inclinaba para recoger la carta.

Dió media vuelta Rock Gambler, y cuando se hallaba ya en la calle principal, encasquetado el sombrero y libre el rostro de máscara, tenía sin embargo, aun puesta la máscara de la sonrisa que en sus ojos ponía destellos de cínica desvergüenza.

La calle desierta, tenía la peculiar fragancia enervante de aquellas ciudades del Sur, donde todas las ventanas y azoteas eran pequeños jardines.

—Un buen paseo, "Brujo" —monologó el solitario jinete—. Te doy permiso para relinchar a carcajadas... Nunca supuse que me gustaría tanto perder el tiempo en románticas estupideces.

CAPÍTULO VI

EL REMORDIMIENTO DEL CAPITÁN CARTER

De regreso del baile de Clayton, del cual se marchó mucho antes de que terminara, Dan Carter sentóse pesadamente ante la mesita donde humeaba el ponche caliente y azucarado que Bienemay acababa de llevarle.

—Bailó mucho, el amito que tan cansado viene? Es pronto aun. De seguro que siguen bailando. Tómese el ponche, que está rico de verdad.

—No quiero ponche ni tengo sed.

—No me desprecie esta tacita. Ya sabe que eso le hará dormir mejor, sin sueños de esos que le han de remorder al despertar.

—¿Qué hablas, vieja negra charlatana? Trae acá él brebaje ese... —y con la taza en la mano, miró a su aya—. Entérate bien que yo no puedo tener remordimientos, porque a nadie hago daño.

—Mentira es eso, señor Dan Carter. Gran mentira.

—¡Maldito, sea le día, en que me pusiste el primer pañal! ¿Por qué mis padres no eligieron otra nodriza?

—Porque sabían que yo era la que tú necesitabas. La que te va a decir clarito que eres un mentiroso; cuando pretendes que a nadie haces daño. Haces daño y mucho a tres personas. La primera a ti mismo, porque...

Depositó Carter la taza sobre la mesa:

—Esa mañana té dije que no quiero oír hablar para nada de Rosalie.

—¿Ves cómo tienes remordimiento? Tú triste; yo también; ella, también...

—¡Vieja mentirosa! ¿Ella triste? Está muy contenta. Me dijo que el Coronel Lloyd había ya pedido su mano.

—¿Y eso qué importa? Pero ella estará muy triste cuando el señor Lloyd demuestre quien es. Y tú serás el culpable de la tristeza de ella.

—El Coronel es un caballero, y si cuando Rosalie sea su esposa se olvida de ello, yo... ¡Bueno, hemos hablado bastante!

—Estamos empezando ahorita nada más. Fíjese, amito, qué noche más hermosa. Las estrellas guiñan pícaras y la luna sonrío contenta. Los pajaritos dan grititos en el jardín. ¿No los oye, amito? Dicen: "Esta es la noche o nunca". Y el más sabio de ellos, trina: "Coja su caballo, señor Dan Carter, y bajo la ventana de la linda señorita Rosalie, cántele su amor..."

—De todas las negras tozudas y tontas tú eres la mayor...

—De todos los blancos tercicos y necios tú eres el peor. ¿Y usted quiere saber lo que yo haría si fuera Dan Carter?

—Arregla mi equipaje y no me hagas perder más tiempo.

—¿El equipaje? ¿Para qué?

—Me voy a Charleston.

—¿A qué?

—Están combatiendo, y quiero pedir al jefe de los sudistas que acepte la ayuda de mi escuadrón.

—Yo no le arreglo equipaje alguno —declaró Bienemay, colocando sus puños en las caderas.

—Marcharé por la mañana. Obedece o llamaré a Enrique.

—¿Enrique? —bufó ella colérica—. ¿Qué sabe ese viejo negro tonto de arreglar equipajes? No se nos vaya, amito... ¡Usted es un ser malvado, cruel y despiadado! ¡Sí, señor, sí, señor! ¡Usted no tiene alma! No le importa qué los demás lloren...

—¿Quieres de una vez, por todas marcharte? Déjame a solas. Quiero pensar. Le escribiré una carta a Rosalie, explicándole que... me voy.

Miró Carter de soslayo a la negra, de cuyos ojos pendían gruesos lagrimones.

—Usted se irá, amito... Yo me quedaré. Nunca he manejado más que cucharas y cuchillos de cortar carne. Pero váyase, ¡sí, señor!, váyase... Ande tranquilo. Duerma como un lirón. No tenga remordimientos, no... Cuando me digan que usted cayó muerto combatiendo... ¡Usted no será un héroe, no, señor! El señor Dan Carter será un cobarde que fué a hacerse matar, porque no podía ya soportar el ver a la señorita Rosalie en brazos... en brazos de otro... Y ella nunca podrá ser feliz, porque yo le diré que tú fuiste como un cordero, a que te degollara un sable yanqui.

—Ganas me dan de degollarte a ti, vieja negra llorona —dijo Dan Carter, poniéndose en pie. Pero su voz era cariñosa—. Anda, déjame a solas. Ya sabes el trabajo que me cuesta a mí escribir.

Marchóse ella, arrastrando las desflecadas zapatillas. Dan Carter pasó mucho tiempo dando paseos. Bienemay volvió a entrar.

—Tengo un remordimiento, vieja bruja. Y tú tienes la culpa por verter maldades a mi oído. ¿No será desleal el que yo vaya... vaya a jugarme el todo por el todo? Será una deslealtad al Coronel Lloyd.

—¡Aleluya! —gritó alborozada—. Hable mucho, amito. Sin fijarse en

nada. Mire sólo las estrellas, y hable, hable sin parar. Hazlo así, y verá como yo tenía razón.

—Te juro que si Rosalie me abofetea, te... te haré tirillas con el látigo.

—¡Ju. ju!" ¿A qué no? ¿A que ella grita y llora de alegría?

—Ella no es una negra inculta. ¡Me voy a jugar el todo por el todo!
¡Hablaré hasta quedarme ronco!

Se encasquetó el sombrero con fuerza, y partió a zancadas largas. Bienemay corrió tras él unos instantes, pero sus carnes no le permitían mucha ligereza. Entró en su cuarto y se arrodilló ante un retrato de la madre de Dan Carter.

—¡Oh, señora! Tú que eras buena pídele a la Gran Señora, que escuche el ruego de esta negra mala. ¡Tú quieres un nieto... y yo también quiero que lo tengas!

Rosalie Ryan parpadeó asombrada cuando al bajar del coche, en la entrada de la alameda, vio a Dan Carter.

—Hola, Dan —saludó Helen—. Yo os dejo solos, porque estoy rendida. Tengo sueño. Hasta mañana, Rosie. Hasta mañana, Dan.

Rosalie Ryan anduvo lentamente. A su lado, Dan Carter tosió varias veces. Al fin, su voz fué un balido:

—¿Nos... sentamos... allí, Rosie?

Señalaba la terraza, desde donde vería el cielo tachonado de luminarias. Cuando Rosalie, con respiración anhelante, consideró suficiente el silencio en que se había abismado Dan Carter, susurró invitadora:

—¿Y bien, Dan? ¿Qué ves en el cielo?

—Yo... pues... he venido a decirte que mañana me voy, Rosie. Iré a Charleston.

—Allí están peleando, Dan.

—¡Mejor! Bueno, quise decir que mi sitio está... Dejemos eso. Yo no sé porque tu jardín es el más bonito de Beaufort. Huelo como un perfume ligero, distinto a esos que dan dolor de cabeza. ¿Me comprendes, no?

—Sí, Dan. ¿Qué más?

—Bueno, pues, también tú tienes perfume suave, y recuerdo aquella vez que me tropecé con un árbol y me arañé en la frente. Tú pusiste tus manos en el rasguño... y me entró un bienestar muy grande; ¿me comprendes, no?

—Sí, Dan. ¿Qué más?

—Bueno, pues... —y repentinamente Dan Carter arrodillado hundió el rostro entre las manos que cruzaba Rosalie en su regazo—. ¡No puedo más! ¡Lláname cínico y desleal! ¡Insúltame! Pero... déjame que hable... No me interrumpas... ¡Soy un villano, Rosie! Lo soy, porque... siendo tú la prometida de otro, vengó a decirte que me marchó... porque no puedo ya vivir en Beaufort. La razón de mi vida eras tú, Rosie... Mi Rosie amada. ¡Siempre,

siempre tu imagen en mis ojos! Soy doblemente desleal, Rosie. Al Coronel Lloyd porque estoy aquí besando tus manos... A ti, porque me quieres como a un hermano... ¡y te hablo del hombre que hay en mí! Del hombre que besó tus mejillas hasta que... hace un año, no quiso sufrir más el tormento de ver tan de cerca tus labios... ¡Oh, perdona, Rosie!... Abofetéame, y échame para siempre de tu casa... y de tu lado.

Levantóse él cerrados los ojos. Tembló cuando sintió en su frente el contacto satinado de una mano, y el roce de unos labios en los suyos.

—No hables, Dan. Sigue con los ojos cerrados, para que tenga yo valor de decirte lo qué hasta ahora no podía decir. Acepté a Lloyd, porque tú parecías olvidar que soy una mujer. Creí que seguías viendo en mí a la niña que peleaba contigo. ¡Dios te bendiga, Dan, porque ahora... ahora seremos felices!

Dan Carter seguía temblando cuando apoyada contra su mejilla la cara femenina, estuvieron ambos abrazados. En sus ojos claros, había lágrimas, que sin darse cuenta sorbió con mueca poco elegante.

—¡Esto es magnífico, Rosie! No puedo creerlo. Es un sueño. Despertaré pronto.

—¿Cuándo nos casamos, Dan?

—¡Qué felicidad más grande, Rosie! ¿Por qué... por qué mil diablos, si me querías, no me lo dijiste antes?

—Eres un cínico desvergonzado, Dan —y besó ella de nuevo la mejilla del pecoso Capitán—. A veces pensé decírtelo, pero mamá me riñó. Afirmó que siempre han sido los hombres los que se han declarado.

—¡Oh, mil diablos! Perdón, perdón... señora... Yo... ¡quiero casarme con Rosie si usted me acepta!

Helen Ryan avanzó. Llevaba en la diestra una carta... Miró sonriente a Dan Carter.

—Vi tu rostro muy decidido cuando llegamos, Dan. Supuse que por fin, no permitirías que el canalla, de Frank Lloyd me robara a Rosie. ¡Callad ambos! He dicho canalla... Lo era. Ésta noche sentí un pellizco en el corazón cuando iba a decirle quien era "El Halcón". Fué un aviso de mi hijo. Y ahora mi hijo... Lee, en voz alta, Rosalie. Dan va a ser tu esposo y cumplimos así lo que Michael quiere.

Rosalie acercóse a la tamizada luz de un quinqué para leer, con voz que fué afirmando a medida que leía:

"Madre: Vuelvo a marcharme porque sólo vine a ajusticiar a Frank Lloyd. Mañana le encontrarán muerto, y el Juez Crawford recibirá las pruebas de la traición y la vileza del que todos respetaban. Te he visto de lejos, madre... Estás más bonita que nunca. ¿Cuándo se celebrará la boda de "Myosotis", con ese zanahoria tímido de Dan? Regreso a Savannah, madre. Un día de estos, cuando me canse de vagabundear, no será con un guijarro

lanzado a los cristales de tu balcón como te despertaré. Entraré por la puerta grande. Creo que tu corazón va mejorando en sus latidos, madre, porque los míos se acompañan siempre a los tuyos, y la nostalgia no es ya tan fuerte. Hasta pronto,

Michael Ryan.»

—"El Halcón" es mi hijo, Dan —dijo tenuemente Helen.

Dan Carter chocó sus tacones marcialmente, inclinándose:

—Sólo un Ryan, señora, podía ser el hombre que todos admiramos. Cuando Michael vuelva... yo le diré... le diré todo el orgullo que siento por merecer el cariño de los Ryan. Buenas noches, señora. Buenas noches, Rosie, amor mío. Os dejo a solas, para que... leáis muchas veces esta carta.

Estaba ya cerca de la salida, cuando Rosalie le dio alcance:

—Cuando amanezca, Dan, tráeme nardos y jazmines. Siempre soñé que un amanecer me despertaríais así. Con un ramo de flores y llamándome cosas dulces.

El Dan Carter que iba por la calle principal de Beaufort, hubiera extrañado a los que le conocían como ejemplo de buenas costumbres. Silbaba desenfrenadamente, y ladeado el sombrero, ofrecía todo el aspecto de un hombre embriagado.

Al pasar ante el hotel de Rigaud, vió a un jinete, que parecía estar aguardándole.

—Hola, hola... El caballero acrisolado, resulta ser un noctámbulo borrachín...

—Oiga, Gambler... Esta noche soy feliz. Hasta tengo deseos de estrechar su mano.

—Usted está bebido como una cuba.

—Quizá por eso le tiendo mi mano.

—¿Para qué quiero yo su mano? Usted va por un camino, y yo por otro. Siga el suyo y déjeme en paz.

Rió, Dan Carter, encogiéndose de hombros.

—Es la primera vez que me hacen este desprecio, Gambler. Por suerte la noche es hermosa. Brillan las estrellas, y todo respira bondad... Sí, hombre, hasta usted mismo. Pese a su cara de bandido, no sé por qué, le veo con otros ojos.

—A esta hora los niños están acostados, Carter. ¡Hombre, ahora recuerdo! He hecho una apuesta con Clayton. Tiene un negro y quiere que yo le zurre. Creo que como garantía de imbecilidad... o sea lo que el vulgo llama honorabilidad... pienso elegirle para segundo mío. ¿Acepta usted?

—¡Con enorme placer! ¿Hago votos para que le zumben unos buenos puñetazos que le quiten para siempre esa maldita sonrisa? Oiga, ¿quién es el negro?

—Un tal Escorpión.

—¡Mil diablos! No se meta entre cuatro cuerdas con esa fiera. Le hará

papilla.

—Vaya usted a tomarse la papilla que toman los niños buenos al acostarse. Es curioso, Dan Carter, pero no puedo impedirme de sentir cierta simpatía por usted. Tiene la culpa mi afecto por los perros nobles.

—Yo, también podría ser su amigo... —empezó vacilante Carter.

—¡Eh, amigo! Conservemos las distancias. No adquiera demasiada confianza. Está noche está usted borracho, y por eso me ha sido simpático. Pero mañana, cuando vuelva a ser un aburrido y honesto Capitán, apártese de toda cordialidad, porque ni las quiero ni las pido. *Abur*.

—*Abur* —dijo maquinalmente Dan.

Pasados unos segundos, se dió cuenta que estaba solo. Echó a andar y reanudó sus silbidos.

Cuando llegó a su casa, quiso aparentar cansancio y tristeza.

—Maldita negra impertinente! —saludó a Bienemay, que andaba a su lado ansiosa—. Me dió calabazas... y tú tienes la culpa...

Al bajar del caballo, oyó la risa honda cortada por intermitentes chillidos de su aya.

—¡A mí no me engaña! ¡A mí no! ¡Aleluya! Sus ojos brillan como chispas, señor Dan Carter. Los nervios bailan en su cuerpo... No podrá dormir. Yo tampoco. ¿Cuándo es la boda?

—¿Habrás visto negra más chocha? Trae champaña. Por una vez quiero beber bien.

Entró en el saloncito, donde en la mesa había ya una botella bañándose en un cubo. Sentóse riendo infantilmente.

—Siempre aciertas, bruja. Me quiere... Nos casaremos. La señora Ryan dijo que sí. Rosie quiere que le lleve al amanecer un ramo de jazmines y nardos... Bebe una copa tú también, vieja negra lista.

—Una negra no bebe al mismo tiempo que los señores —reprochó, severamente Bienemay—. Tenga usted modales.

—Por tu larga salud, ricitos hermosos —y Dan Carter apuró la copa que acababa de servirle Bienemay—. Tendrás que cuidar mis hijos. Serán hermosos, porque ningún padre ha amado nunca como yo.

—Seguro que serán hermosísimos. Quiero dos varones y dos hembras.

—Oye, Bienemay, Rosalie quiere que al amanecer le diga yo cosas dulces. ¿Te parece bien que la llame "miel", "azúcar", "confitura"? —y en la pregunta había una sincera convicción de estudiante deseoso de acertar.

—Y nombres de flor, también, amito.

—A lo mejor ella se ríe, y yo hago el ridículo...

—Cuando una mujer quiere, señor Dan Carter, todas las palabras que él dice le suenan a música del cielo.

—Así debe ser, supongo. Pero no estaría de más que empezáramos tú y yo a comprar libros y adquirir cultura.

—Lee en el libro de tu prometida, amito. Una mujer es el libro más interesante.

—Una vez me prestó Sanders un librito muy interesante. Era una novela donde caballeros con espada se batían por un clavel. Recuerdo que era un pirata que ocultaba un corazón de oro. Estaba escrito a la pata la llana, ¿sabes? Se veía que el autor no era ningún talento ni mucho menos, y que no se escarbaba el seso. Pero me gustó, porque relataba amores y peleas. Yo quisiera saber hilvanar palabras, Bienemay, y escribiría la historia del que abnegadamente siguió desafiando al mundo con una sonrisa cínica en los ojos... Sería mi venganza. Pero no puedo, porque no sé escribir y la historia de ese bandido debe permanecer secreta.

—¿Quién piensa ahora en bandidos? Piensa en que pronto amanecerá.

—Mi felicidad sería completa, Bienemay, si... consiguiera yo que dos damas de Beaufort sintieran simpatía por un bandido.

—¡Ju, ju! El vino y sus burbujitas se le han subido a la cabeza al señor Dan Carter. ¿Pongo un lazo azul en el ramo?

—Hazlo grande, grande...

Dan Carter tendió las piernas, aplicó los pies sobre la mesa, cruzó las manos, y cerrados los ojos, empezó a adquirir práctica:

—Quererte es como paladear confitura, Rosie de mi alma. Todo es bonito, y en el aire hay brisas de jazmín... —abrió un ojo desconfiado.

En el umbral, Bienemay aprobaba con cabezadas.

—¡Oh, sí, señor, oh, sí, señor! Eso mismito. ¡Qué piquito de oro tiene mi amito! ¡Ju, ju! La señorita Rosalie ha logrado el mejor marido de todo el Sur.

¡YA ESTA AQUI!..



EL HALCON

¿Es un patriota?

¿Es un cínico?

¿Es un escéptico?

De todo tiene este misterioso personaje cuyo proceder irrita unas veces y otras conmueve.

PERO SIEMPRE APASIONADO

Conocer a Rock Gambler, el hombre que juega su vida haciendo saltar una moneda, es conocer al aventurero más audaz y desconcertante de todos los tiempos.

TITULOS DE LOS PRIMEROS EPISODIOS:

- | | |
|------------------------------|---------------------------------|
| 1 El jugador de su vida. | 8 La conjura de los pistoleros. |
| 2 La venganza de Dan Carter. | 9 La venus de ébano. |
| 3 La espía yanqui. | 10 Pico de Tucán. |
| 4 Murciélagos en La Florida. | 11 Dandy Pólvora. |
| 5 "Muro de piedra" | 12 El bloqueo de Nueva Orleans. |
| 6 El Bonaparte americano. | 13 Montañas azules. |
| 7 Pulsos de oro. | 14 El Cocodrilo y la Gaviota. |
| | 15 El ramo de Azahar. |

Precio del ejemplar, conteniendo un episodio completo, **3 pt**

ES UNA PRODUCCION DE
EDITORIAL BRUGUERA

PROYECTO, 2 - TEL. 82981 - BARCELONA

[←1]

Véase El jugador de su vida.